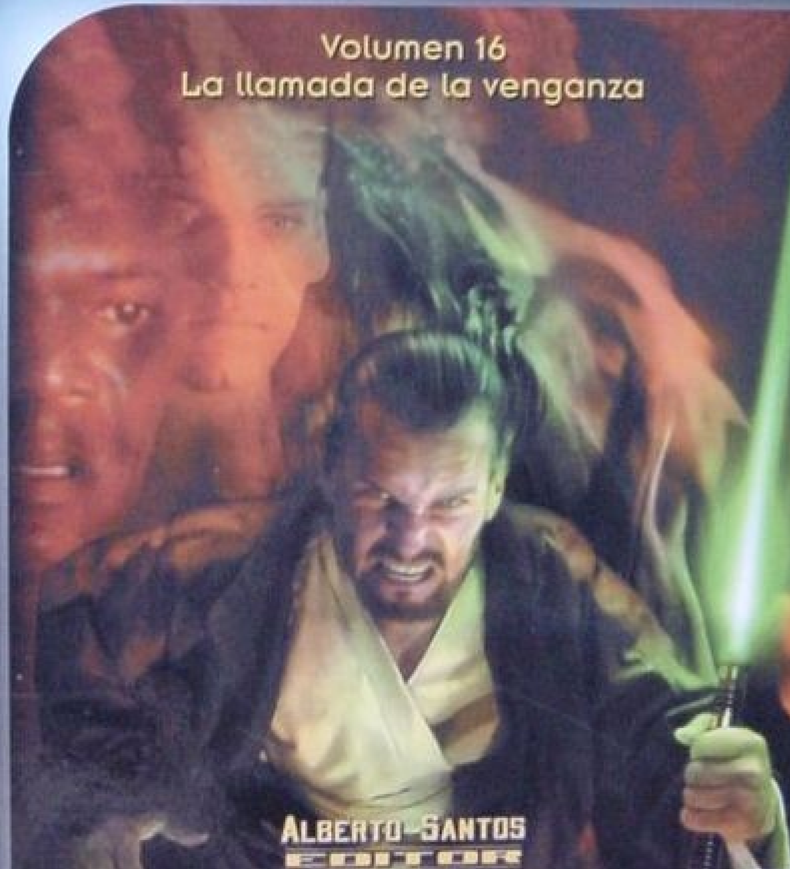
STAR WARS

APRENDIZ DE JEDI



JUDE WATSON



Star Wars
Aprendiz de Jedi

Volumen 16: La llamada de la venganza
Jude Watson
Digitalización: alphacen

Capítulo 1

Los tubos luminosos de la gran residencia estaban a media potencia y mostraban un débil brillo azulado. Los pasillos estaban silenciosos y en penumbra. Al otro lado de una puerta doble de cristal opaco se alzaba una única columna de cristal, alta como una figura humana. Emitía un brillo suave y constante.

En el planeta de Nuevo Ápsolon, el azul era el color del duelo. Las columnas de cristal conmemoraban a quienes habían perdido la vida luchando contra la injusticia. Esa esbelta esquirla de luz pura era por la Dama Jedi Tahl.

Manex, hermano de Roan, difunto gobernante de Nuevo Ápsolon, había ofrecido a los Jedi su propia casa para que velasen a Tahl. Había intentado salvarla llaman-do al mejor equipo médico del planeta para ocuparse de ella. Cuando murió, se había encargado de hacer los preparativos adecuados. Él mismo había buscado la columna de luz que conmemoraba su espíritu.

Obi-Wan Kenobi se esforzaba por mostrarse agradecido. No confiaba en Manex. No confiaba ni en su gran riqueza ni en su carácter. El único bienestar que interesaba a Manex era el propio. Entonces, ¿Por qué era tan amable con los Jedi?

El padawan deseaba poder hablar de ello con su

Maestro. Pero Qui-Gon Jinn era inaccesible. Había entrado en la habitación para estar con Tahl y aún no había salido de ella.

Obi-Wan se sentó en el suelo. Al principio esperaba de pie, pero el cansancio había acabado obligándole a sentarse. Quería tumbarse, pero permanecería erguido mientas pudiera. Era lo único que se le ocurría que podía hacer por su Maestro.

A Obi-Wan ya se le estaba pasando el impacto, pero seguía sin poder asimilar que Tahl no estuviera ya con ellos. Eso implicaba mirar a un futuro desprovisto de su espíritu, de su sentido del humor y de su aguda inteligencia. Habían sido tantas las veces en que una palabra amable o una sonrisa de ella le habían devuelto la paz. Tahl conocía mejor que nadie a su Maestro, Qui-Gon Jinn, y le había ayudado a comprenderlo. Incluso sospechaba que, cuando abandonó la Orden Jedi, intervino para reconciliarlos. Había sido una ruptura profunda,

difícil de curar, y Obi-Wan se consoló sabiendo que Tahl quería que Qui-Gon volviese a aceptarlo. Ella había comprendido mejor que nadie por qué hizo lo que hizo. Sabía que había aprendido algo importante sobre su propia persona, y había ayudado a que Qui-Gon le concediera una segunda oportunidad.

Como estudiante Jedi, había aprendido muchas cosas, como convertir el miedo en un objetivo, ahondar en la disciplina para moldearlo a voluntad. Pero ¿cómo podría convertir su dolor en aceptación? No había mane-ra de que llegase a aceptar lo sucedido. Aun así, debía arreglárselas para seguir adelante hasta aceptarlo.

Al principio sintió un dolor tan grande que le impe-día hasta pensar. Tahl había sido secuestrada por Balog, el Controlador en Jefe de Seguridad del planeta, que la había drogado y encerrado en un contenedor de privación sensorial que se empleaba para torturar presos políticos. Cuando la liberaron estaba muy débil, pero Obi-Wan había estado seguro de que la gran fortaleza de Tahl, com-binada con sus poderes Jedi, bastaría para salvarla. Ni por un segundo consideró la posibilidad de que muriese.

Y estaba seguro de que su Maestro tampoco. Cuando entró en el cuarto de Tahl, en el centro médico, había visto a Qui-Gon inclinado sobre el cuerpo inmóvil de ella. Vio las frías líneas horizontales de las pantallas de los sensores, mostrando la ausencia de signos vitales. Pero Qui-Gon siguió sin moverse. Sostenía la mano de Tahl y presionaba su frente contra la de ella. Obi-Wan no sólo había visto su pena, sino que la había sentido en el cuarto como una sombra viviente. En ese momento se dio cuenta de que los sentimientos de Qui-Gon por Tahl eran más pro-fundos que los de la simple amistad. Eran tan profundos y complejos como el mismo hombre. Qui-Gon la amaba.

No podía hacer nada para ayudar a su Maestro. Éste no había respondido ni a sus palabras ni a su presencia. Obi-Wan deseó desesperadamente tener más de dieciséis años. Quizás al ser más maduro sabría consolar a alguien cuyo mundo se había desintegrado.

Le dolía ver sufrir a Qui-Gon. Su Maestro sólo había salido del cuarto de Tahl una vez, para hacer un misterioso recado. Al volver dijo secamente a Obi-Wan que había con-seguido

encontrar otras dos sondas robot. Las había programado para buscar a Balog. Ahora volvería al lado de Tahl.

—¿Hay algo que yo pueda hacer, Maestro? —había preguntado Obi-Wan.

—Nada —le había respondido Qui-Gon, y cerró la Puerta tras él.

Obi-Wan estaba acostumbrado a que reinase el silen-cio entre ellos. Muy a menudo, ésa era su forma de comu-nicarse, dado que su Maestro era hombre de pocas palabras. Pero este silencio era distinto. No podía leer nada en él. Repasó una y otra vez las palabras que Qui-Gon dijo en el lecho de muerte de Tahl: "Nada puede ayudarme ya. Sólo la venganza."

Venganza. Obi-Wan nunca había oído a Qui-Gon usar esa palabra. No era un concepto que respaldase un Jedi. Nada de venganza, sólo justicia. Era un credo grabado en el corazón de todos los Jedi. La venganza conducía al Lado Oscuro. Alteraba la mente y tullía el sentido del deber hasta convertirlo en algo lleno de ego y tinieblas.

¿Estaba Qui-Gon combatiendo el Lado Oscuro de su interior? Balog le había quitado lo que le era más querido. Lo había hecho de la forma más cruel imaginable, desangrando minuto a minuto las fuerzas de Tahl.

¿Había enviado Qui-Gon las sondas robot para que encontrasen a Balog y así poder matarlo él?

Obi-Wan apartó esa idea. Tenía que confiar en su Maestro. Acabaría encontrando el centro de paz que necesitaba para poder seguir adelante. Debían encontrar a Balog, pero por justicia, no por venganza.

Cuando un Jedi moría en una misión, debía llamarse de inmediato al Consejo Jedi. Durante el primer periodo de profundo trauma posterior a la muerte de Tahl, Obi-Wan había preguntado a su Maestro al respecto. Al no obtener respuesta. Obi-Wan se dio cuenta de que en ese momento no le importaban los procedimientos. Por tanto, había sido el aprendiz quien contactó con el Consejo Jedi para informar de lo sucedido.

La noticia había impresionado y afectado mucho a Yoda, pues también sentía una gran afecto por Tahl. Se enviaría de inmediato un equipo Jedi. En el transcurso del día, Obi-Wan se

había preguntado quiénes lo compon-drían. Si habían partido de inmediato en una nave rápida, no tardarían mucho en llegar a Nuevo Ápsolon. No estaba seguro de lo que debía pensar al respecto. Un equipo Jedi era algo que le resultaría reconfortante, pero... ¿nota-rían que Qui-Gon no se comportaba de forma normal?

Manex apareció en el pasillo, y Obi-Wan se puso en pie con un esfuerzo.

—¿Ha salido ya? —preguntó con el rostro surcado por arrugas de preocupación.

—No desde hace horas.

—Por favor, hágame saber si puedo serles de ayuda. Yo debo ir a la Legislatura Unida. Han pedido por mí. Las cosas están muy revueltas en el Gobierno. Volveré en cuanto pueda. Daré instrucciones a los de seguridad para que hagan pasar a su equipo Jedi en cuanto llegue.

—Gracias.

Qui-Gon salió al pasillo segundos después de que Manex se fuera.

—He oído voces —dijo con voz ronca.

—Manex ha ido a la Legislatura Unida. ¿Puedo con-seguir alguna cosa, Maestro?

—No. ¿Han vuelto ya las sondas robot?

Obi-Wan negó con la cabeza.

—En cuanto lleguen te lo notificaré. Pero creo que mientras tanto podemos hacer otras cosas para encontrar a Balog. No tenemos por qué esperar a las sondas robot.

Habló apresuradamente, antes de que Qui-Gon pudiera dar media vuelta y entrar en el cuarto. Había pensado durante la larga espera cuál podría ser su siguiente Paso. Era lo único que había apartado el dolor de su lado. Eritha sigue viviendo con Alani en la residencia del Gobernador Supremo —continuó diciendo—. Está ocultando el hecho de que sabe que su hermana se ha aliado a los Absolutos, esperando obtener más información así. Prometió hacer de espía para nosotros. Alani puede saber dónde está Balog.

—Entonces, también esperaremos a eso —dijo Qui-Gon.

—Pero podemos investigar el lazo que las une. ¿Cómo nació su Alianza? ¿Qué espera obtener Alani de Balog? ¿Qué quiere él

a cambio? ¿Dónde se refugian los Absolutos, ahora que su base ha quedado destruida? ¿Y qué hay de esa lista de informadores secretos de los Absolutos? Balog no la tiene, porque la buscaba. Sabemos que podía estar en poder del obrero Oleg antes de desaparecer éste.

Obi-Wan tragó saliva. La mirada de Qui-Gon se nubló. Si sabían eso era porque Tahl lo había contado antes de morir. Continuó hablando.

—Si conseguimos la lista antes que él, podremos tender una trampa a Balog. ¿Y qué pasa con Manex? ¿Qué motivos tiene para ser tan amable con nosotros? Hay muchas pistas por investigar. Estoy seguro de que la Legislatura Unida estará abarrotada de rumores. Debería-mos investigar alguno de ellos...

—Tenemos que encontrar al asesino de Tahl, no mez-clarnos en política —dijo Qui-Gon con sequedad—. Nuestro principal objetivo es encontrar a Balog. En cuan-to consigamos información sobre él, podré irme.

—Querrás decir que podremos irnos —le corrigió Obi-Wan, mirando fijamente a su Maestro.

Ninguno de ellos había oído los pasos que se acer-caban.

—Hemos venido lo antes posible —dijo una voz grave y familiar.

Obi-Wan se dio media vuelta. Había llegado el equi-po Jedi. Para su alivio, vio que uno era su buena amiga Bant. Pero su alivio se tornó inquietud al ver el Maestro Jedi que la acompañaba. Era Mace Windu.

Capítulo 2

Mace Windu sólo se ocupaba de las misiones más cruciales. Sus deberes en el Consejo Jedi eran numerosos. Obi-Wan se dio cuenta así de lo importante que era la pérdida de Tahl para los Jedi. Sólo había pensado en Qui-Gon y en él mismo, en la amiga que habían perdido. Pero la influencia de Tahl era mucho más profunda y grande.

Mace clavó una mirada larga y pensativa en Qui-Gon y Obi-Wan. Con ella pareció captar su pena y cansancio, además de la tensión reinante entre ellos. Obi-Wan se pre-guntó cuánto habría oído de su conversación. Se sentía incómodo bajo su escrutadora mirada.

Se volvió con alivio hacia su amiga Bant. Habían entrenado juntos en el Templo, y era la persona en la que solía buscar apoyo y comprensión. Pero había frialdad en como le devolvió Bant la mirada. Era evidente que estaba afectada; había sido aprendiz de Tahl.

Sentimos estar aquí en tan trágicas circunstancias —dijo Bant a Qui-Gon.

Obi-Wan captó hasta un atisbo de frialdad en su salu-do a Qui-Gon. Ésa era una sorpresa aún mayor. Bant reve-renciaba a Qui-Gon, y éste reservaba en su corazón un lugar especial para la amiga de Obi-Wan.

Qui-Gon no pareció notar el cambio. Obi-Wan sabía que su Maestro estaba demasiado consumido por su propia pena. Hizo un gesto en dirección a Bant.

—Tahl está dentro —dijo.

—La veremos un momento —dijo Mace—. Y des-pués quisiera un informe sobre la situación aquí.

Qui-Gon asintió con energía. Mace y Bant desapare-cieron dentro y volvieron al cabo de unos minutos. Bant parecía afectada. Mace cerró en silencio las puertas dobles y caminó por el pasillo.

—El culpable fue Balog, el Controlador en Jefe de Seguridad —dice Mace—. Eso lo sabemos con certeza, pero no conocemos su paradero. ¿Es así?

Qui-Gon no habló, así que tuvo que hacerlo Obi-Wan.

—Sí.

—Contadme lo que sucedió —dijo Mace, con los ojos puestos en Obi-Wan.

Parecía comprender que Qui-Gon no quería hablar. Los ojos de éste estaban clavados en la puerta del cuarto donde estaba Tahl, como si sólo lo retuviera en el pasillo un ligero asomo de respeto.

—En cuanto supimos que Balog había capturado a Tahl, compramos dos sondas robot para rastrearlo —expli-có Obi-Wan.

Mace frunció el ceño.

—¿No son las sondas robot ilegales en este planeta?

—Sí —respondió, tragando saliva. Era muy cons-ciente de que se suponía que los Jedi no quebrantaban las leyes de otros mundos—. Pero pueden comprarse en el mercado negro. Era la única posibilidad de encontrar a Tahl. Teníamos motivos para pensar que podía estar en un contenedor de privación sensorial, así que cuanto más tar-dásemos en encontrarla, más peligro correría. Las sondas nos indicaron que Balog había salido a campo abierto, rumbo a la región minera del planeta. Eritha, una de las hijas del difunto gobernante Ewane, nos siguió para decirnos que había descubierto que su hermana gemela, Alani, se había aliado con los Absolutos. Esto fue una sor-presa, ya que tanto Eritha como Alani son Obreras. Cuando los Civilizados estuvieron en el poder, emplearon a los Absolutos para vigilar y torturar Obreros, entre ellos al padre de Alani y Eritha.

—Sabía que los Absolutos eran la policía secreta de Nuevo Ápsolon -dijo Bant dubitativa—. No tuve oportu-nidad de informarme debidamente, pero ¿no fueron declarados proscritos cuando se eligió a Ewane?

—Sí. Pero los Obreros creen que la policía secreta no llegó a dispersarse. Descubrimos que era así, pero no sos-pechamos que Balog fuera su cómplice. Es un Obrero, y un protegido de Ewane. Gracias a Eritha sabemos que Alani organizó su propio secuestro y el de su hermana para desviarnos de la pista y así ganarse la simpatía del público. También creemos que fue una forma de poner a Roan en manos de los Absolutos. Roan fue elegido a la muerte de Ewane.

—Roan era un Civilizado, no un Obrero —dijo Bant.

—Así es. Pero simpatizaba con la causa de los Obreros y trabajaba con Ewane para traer la justicia a todo Nuevo Ápsolon. Incluso llegó a adoptar a las geme-las cuando asesinaron a Ewane.

Y Alani lo traicionó —dijo Bant despacio—. Debe de ser muy corrupta.

Cuando perseguíamos a Balog, encontramos un

Pueblo de Obreros Mineros —continuó Obi-Wan—. El pueblo entero había sido destruido en un ataque del que sólo se salvó Yanci, una Obrera Minera. Ella nos ayudó a encontrar el cuartel general secreto de los Absolutos, donde rescatamos a Tahl. Pero ya era demasiado tarde.

Qui-Gon la trajo aquí, pero el daño de sus órganos internos era demasiado grave...

—Balog la mató lentamente —dijo Qui-Gon. Su voz sonaba ronca y oxidada.

—Escapó en un deslizador submarino —añadió Obi-Wan—. Nos fue imposible seguirlo, y debíamos poner a salvo a Tahl.

—¿Y ahora? —preguntó Mace—. Hay alborotos en las calles. Si Alani planea dar algún golpe de Estado, lo dará pronto. Lo más inteligente es partir de inmediato tras Balog.

—Eso es lo que pensamos —dijo Qui-Gon.

—Pero cumplir con nuestra misión también nos proporcionará resultados —continuó Mace—. Si Balog está escondido, tendremos que encontrarlo utilizando su ambición. Las ambiciones revelan la dirección.

—Los Obreros me han llamado —dijo Obi-Wan—. Han examinado todos lo sistemas de archivos del cuartel de los Absolutos. Lo habían borrado todo. No tenemos mucho con lo que continuar.

—Tenemos nuestros instintos —dijo Mace. Se volvió hacia Qui-Gon—. ¿Hay aquí algún lugar donde podamos hablar a solas, Qui-Gon?

Qui-Gon asintió con reticencia. Se volvió y caminó pasillo abajo delante de Mace.

En cuanto se quedaron a solar, Obi-Wan se volvió hacia Bant.

—Siento mucho lo de Tahl —dijo atropelladamente—. Sé cómo debes de sentirte.

—Creo que no.

El tono de Bant era inexpresivo. Le miró fijamente con sus grandes ojos plateados. Los calamarianos tienen ojos extraordinariamente claros, y Obi-Wan siempre había podido leer en ellos las emociones de Bant. Y se sintió confuso ante la ira que veía en ellos.

—Tus condolencias llegan demasiado tarde —continuó Bant —. ¿Cómo pudiste ocultarme el hecho de que habían secuestrado a Tahl? Sabes que Qui-Gon y tú debisteis contactar de inmediato con el Templo.

—Lo sé —dijo Obi-Wan—, pero las cosas pasaron muy deprisa. Qui-Gon pensó que la llegada de más Jedi podía poner en peligro la vida de Tahl. Decidimos llamar al Templo sólo si no podíamos rescatarla en veinticuatro horas.

La verdad era que la decisión de esperar había sido de Qui-Gon, pero Obi-Wan también asumía la responsabilidad de la misma. Podría habérsela cuestionado a Qui-Gon, y no lo había hecho.

—No os correspondía tomar esa decisión —le interrumpió Bant. Su voz, normalmente cálida, era cortante por la ira—. ¿Cómo te sentirías tú si otro equipo Jedi te hubiera hecho eso a ti? ¿Y si el secuestrado hubiera sido Qui-Gon?

Obi-Wan sintió que la vergüenza lo inundaba. Qui-Gon ya había sido secuestrado antes, por la científica Jenna Zan Arbor. Se habría vuelto loco de no poder participar en su rescate.

—No lo pensamos con detenimiento —admitió.

—Así es —dijo Bant amargamente. Nunca había empleado con él un tono tan agresivo—. ¿Acaso pensaste en mí, Obi-Wan?

Por supuesto. Creí ahorrarte un día de preocupa-ron. Si no hubiéramos podido rescatar a Tahl, habríamos llamado a un equipo Jedi.

Pero no rescatasteis a Tahl —dijo Bant con calma—. Al menos no a tiempo, ¿verdad?

Obi-Wan se sintió herido. Bant sólo había dicho la terrible verdad, pero no era propio de ella herirle así.

Ella pareció darse cuenta de lo mucho que le habían afectado sus palabras.

—Ella fue mi Maestra, Obi-Wan —dijo en tono lige-ramente más suave—. Me necesitaba, y yo no estaba a su lado. No puedes imaginar lo que se siente.

—No —dijo él en voz baja—. Y no quiero llegar a saberlo. Lo siento de verdad, Bant. Tienes razón. Debimos llamarte.

Bant asintió con rigidez. Los actos de Obi-Wan ha-bían agrietado su relación. No sabía lo profunda que podía ser esa grieta, ni durante cuánto tiempo existiría.

Tahl había muerto. Qui-Gon era como un extraño. Y ahora hasta su mejor amiga se apartaba de su lado.

Nunca se había sentido tan solo.

Capítulo 3

Lo último que quería Qui-Gon era una charla privada con Mace Windu. Sentía tal dolor de espíritu que lo único que consiguió hacer fue mostrarse cortés ante el Maestro Jedi. El dolor de su interior latía y fluía como una marea impredecible, aumentando a veces de forma tan feroz que le desgarraba las entrañas como si fuera un animal salvaje.

¿Por qué tenía que ser Mace, de todos los Jedi, quien se encargara de esta misión? Existía un gran respeto entre los dos, pero Qui-Gon nunca había tenido mucha intimi-dad con su formidable colega.

La puerta se deslizó para cerrarse detrás de ellos. Incluso aquí, en su sala de recepción privada, Manex había hecho que las luces adquirieran un pálido tono azul. Eso dotaba de un extraño brillo a la lustrosa piedra negra que cubría paredes y suelo, dando un aspecto enfermizo a los luminosos verdes de asientos y cojines.

—¿Deseas acompañar al cuerpo de Tahl hasta el Templo? —Preguntó Mace—. Bant, Obi-Wan y yo pode-mos quedarnos y acabar la misión.

Qui-Gon se dio cuenta de que Mace intentaba ser amable. Había una honda compasión en su sobria mirada. Sintió un gran alivio porque Mace no le preguntara por sus sentimientos, ni quisiera saber si había algo más que amistad entre Qui-Gon y Tahl. Sospechaba que ya lo sabía sin necesidad de palabras.

No pensaba renunciar a buscar al asesino de Tahl, pero debía ir con cuidado. No podía decir a Mace que la necesidad de encontrar a Balog le consumía por dentro. La ira podía asomar a su voz o a su rostro y hacer que Mace pensara que no controlaba su rabia. No comprendería que el control de Qui-Gon era completo a pesar de la pena.

Porque tiene que ser así. Es la única forma en que puedo seguir adelante.

—Gracias por la oferta —dijo—, pero debo conti-nuar la misión si quiero honrar el recuerdo de Tahl.

Mace asintió, para alivio de Qui-Gon. No pensaba discutir con él. Tahl lo habría hecho. Siempre supo cuándo intentaba disimular sus sentimientos. Una nueva pun-zada de dolor le hizo cerrar las manos hasta formar puños. Si Mace se dio cuenta, no hizo ningún comentario.

La luz situada sobre la puerta se iluminó, y ésta se abrió a medias. El androide de protocolo de Manex, recu-bierto de plastoide negro muy pulimentado, flotó hasta el interior.

—Manex ha vuelto y desea hablar con los Jedi —dijo.

Qui-Gon se volvió hacia él, alegrándose por la inte-rrupción.

—Por favor, dile que pase.

Un momento después, la puerta se abría más aún, y entraba Manex, acompañado de Obi-Wan y Bant.

—Disculpad la interrupción, por favor —dijo Ma-nex, pasándose la mano por el corto pelo rizado: Qui-Gon se dio cuenta por primera vez de que empezaba a ponér-sele gris como el de su hermano—. Acabo de volver de la Legislatura Unida y tengo noticias que creo deberían oír. Me alegra ver que ha llegado el nuevo equipo Jedi.

—Yo soy Mace Windu, y ésta es Bant. Manex hizo una reverencia de bienvenida. —Me siento honrado por tener en mi casa a unos Jedi tan distinguidos. Me temo que mis noticias no son buenas Se ha filtrado a los senadores la información de que Tahl ayudaba a los Absolutos. Tienen una holocinta de una reunión donde habla de derrocar al Gobierno.

—Tahl trabajaba de incógnito para descubrir a los

Absolutos —explicó Obi-Wan.

—Los senadores no saben qué pensar —dijo Manex. —¿De dónde ha salido esa cinta? —preguntó Mace. —De Balog —dijeron a la vez Obi-Wan y Qui-Gon. —Es evidente que la ha filtrado él —continuó Obi-Wan—. Necesita desacreditar a los Jedi para preparar su camino de regreso al poder.

—Eso no importa —dijo Qui-Gon—. Limpiaremos el nombre de Tahl cuando lo encontremos.

—Si podéis encontrarlo con rapidez —dijo Manex con gravedad—. Yo temo que suba el poder y no podamos acusarle de nada. ¿Sabéis quién puede estar respaldándolo? Sea quien sea, debe de ser muy poderoso. —No estamos seguros de nada —dijo

Mace. Los Jedi no podían confiar en Manex, que en teoría no sabía nada de la traición de Alani. Hasta podía ser un aliado de ella.

Tengo más noticias —dijo Manex—. Me han nom-brado Gobernador Supremo en funciones hasta que se elebren las elecciones. No buscaba esta posición, ni la deseo. Soy hombre de negocios, no político. Pero los senadores apelaron a mi amor por el planeta y mi deseo de paz. Creen que el hermano de Roan tendrá más posibili-dades que cualquier otro de mantener al Gobierno unido. No hay duda de que el periodo de elecciones será muy volátil. He doblado la seguridad y cerrado el museo de los

Absolutos. Queremos mantener al pueblo tranquilo. Y hay una cosa más. Como Gobernador Supremo en funciones hago una petición oficial a los Jedi. Quisiera que supervi-saran los preparativos de las próximas elecciones. Se cele-brarán dentro de tres días. No podemos permitirnos retrasarlas más. Es la única manera de mantener la paz.

—Pero no todo el mundo confía en los Jedi —dijo Obi-Wan —. Y seguro que la holocinta de Tahl no nos ayuda mucho.

—Hay los suficientes que sí confían —dijo Manex—. Y el nombre de Tahl quedará limpio en cuanto encontréis a Balog. Hasta entonces, tenéis todo mi apoyo. He ordenado a Seguridad Mundial que os brinde su cooperación.

Mace asintió.

—Entonces aceptamos.

Qui-Gon se tensó. Mace ni había mirado en su direc-ción ni le había pedido su opinión. Se habría manifestado en contra.

—Entonces, os dejo solos —dijo Manex.

Salió de la sala con la capa dorada revoloteando alre-dedor de sus suaves y pulidas botas.

Qui-Gon sabía que debía hablar con diplomacia, pero no tenía tiempo para mostrar tacto.

—Esto es un error —dijo a Mace—. Supervisar las elecciones nos apartará de la investigación de la muerte de Tahl. Deberíamos concentrarnos en encontrar a Balog.

Mace retomó el tono grave de Qui-Gon.

—Discrepo. La situación política es parte de la bús-queda de justicia para el asesino de Tahl. Todo está rela-cionado. Así nos

encontraremos en la posición ideal para recabar información. Sin olvidar que nuestra misión ini-cial era devolver la estabilidad a Nuevo Ápsolon. Si el Gobernador Supremo solicita nuestra ayuda para una causa legítima, los Jedi debemos darla.

Qui-Gon apretó los labios con fuerza. Sabía que no debía continuar la discusión, pero estaba furioso por la decisión de Mace. Quería salir de ese cuarto, de esa casa, v seguir moviéndose. Quería alejarse volando en un des-lizador a toda la velocidad posible, aunque fuera sin una dirección concreta. La frustración bullía en su interior. Sentía que Balog se escapaba de su alcance a cada segundo que pasaba.

Capítulo 4

Sugiero que busquemos nuestros aposentos y nos refresquemos un poco —dijo Mace, volviéndose hacia Bant—. Hemos hecho un largo viaje y no sabemos cuándo tendremos oportunidad de descansar. Después iremos a la Legislatura Unida y daremos inicio a nuestra misión.

Obi-Wan había notado el desagrado de Qui-Gon con la decisión de Mace. Sabía que la consideraba una pérdida de tiempo, pero tampoco había ofrecido un plan alternativo... Mace enarcó una ceja al mirar a Qui-Gon. —Si tienes alguna idea de cuál es el paradero de Balog, o alguna forma de encontrarlo, lo pospondremos todo y te seguiremos. Pero, hasta entonces, el único rumbo de acción que nos queda es obtener información. Obi-Wan miró a su Maestro. Éste no había mencinado a Mace las dos sondas robot que envió a buscar a Balog. Una cosa era quebrantar las leyes de un planeta porque había un Jedi en peligro inmediato de muerte, y otra rastrear a un ciudadano de un planeta donde las son-das robot eran ilegales. No estaba seguro de cómo reaccionaría Mace, motivo más que probable por el que Qui-Gon no se lo había contado. Los Jedi ya tenían bastantes problemas en el planeta.

Mace y Bant dejaron la sala. La tensión no se disolvió. Oui-Gon se paseaba de un lado a otro, meditabundo y sin querer hablar.

El androide de protocolo de Manex volvió a entrar flotando.

—Lamento interrumpirles. Tienen otra visita. Dice conocerles, así que me he tomado la libertad. Se llama Yanci.

—¿Yanci? Hazla pasar, por favor —dijo Obi-Wan con sorpresa en la voz.

Yanci era la médico Obrera Minera que le había cura-do la pierna cuando se la aplastó una roca. Les había pedido ayuda para repeler el ataque de los Absolutos contra su poblado. Obi-Wan y Qui-Gon la habían acompañado, pero ya era tarde. Habían matado a todos los hombres, mujeres y niños. A Obi-Wan aún le quemaba en la memoria el terrible sufrimiento de Yanci.

Yanci entró en la sala, y Obi-Wan se dio cuenta enseguida de lo mucho que había cambiado en esos dos días. La masacre de sus compañeros Obreros y la muerte del hombre al que amaba habían grabado el dolor en sus rasgos. Sus ojos eran diferentes, podía verse la pérdi-da en ellos.

Qui-Gon se distrajo por primera vez desde la muerte de Tahl y pareció concentrarse de verdad en otra persona. Pareció que los dos se habían reconocido enseguida como compañeros en el dolor. Se acercó a ella y le cogió la mano.

—Me alegro de verte —murmuró.

Ella le miró a la cara.

—Me he enterado de lo de la Dama Jedi Tahl. Tiene mi más profunda condolencia.

El le apretó la mano y luego la soltó. Obi-Wan se dio cuenta de que su Maestro no necesitaba intercambiar palabras con Yanci.

Ella se volvió hacia él.

—¿Cómo tienes la pierna?

—Curada, gracias a ti.

—Y a ti. Siento un gran respeto por los poderes de recuperación de los Jedi. Siento venir en un momento así. Ahora vivo en la ciudad, con los Obreros —Yanci bajó la voz—. Me he enterado de algo que podría ayudaros. Es sobre un Obrero llamado Oleg.

Los sentidos de Obi-Wan se agudizaron. Oleg era el Obrero que suponían tenía una lista de informadores Absolutos. Se le había visto con Tahl, lo cual hizo que Balog sospechase que ella tenía la lista. Y después de eso había desaparecido.

—Me han dicho que Balog busca a Oleg —continuó diciendo Yanci—. No sé por qué ni necesito saberlo, pero conozco ese nombre de antes. Hace varias semanas, los Obreros Mineros fueron contactados por los Obreros de la ciudad por si podían enviarnos un Obrero que necesitaba esconderse. Era Oleg. Se había infiltrado en los Absolutos y necesitaba un lugar donde esconderse tras completar su misión. No estaban seguros de cuándo sería eso. Aceptamos, por supuesto. Después nos dijeron que lo habían descubierto y que debían enviárnoslo de inmediato. Pero no llegó a aparecer. Nos preocupamos y registramos la zona

por si se había perdido, pero creemos que no llegó a dejar la ciudad. Y luego nos atacaron. Como ya sabéis.

—Gracias por acudir a nosotros —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan notó la decepción en su voz. Él también estaba decepcionado. La información era interesante, pero no ayudaba mucho. No les acercaría más a Balog.

—Eso no es todo lo que vengo a deciros —añadió Yanci—. Había un motivo para que los Obreros nos lo enviaran a nosotros. Sabían que yo estoy especializada en una enfermedad específica que padece Oleg. La contrajo siendo preso de los Absolutos hace años. Es una enfermedad provocada por la hibernación; es recurrente y necesita tratamiento. Yo podía proporcionárselo porque varios de nuestros Obreros Mineros padecían el mismo síndrome. En la ciudad hay muy pocas clínicas que puedan tratarla. Así que pensé..., pensé que sería una forma de encontrar a Oleg, si lo buscabais. Sería una forma de llegar hasta Balog.

Yanci buscó dentro de su capa y sacó una duralámi-na. Se la entregó a Qui-Gon.

—Ésta es una lista de las clínicas.

Obi-Wan sintió que se animaba. Si encontraban a Oleg, podrían llegar hasta Balog. Qui-Gon estaba paralizado, mirando fijamente la lista de su mano.

—¿Creéis que puede seros de ayuda? —dijo Yanci.

—Sí —dijo Qui-Gon—. Mucho.

Qui-Gon agarró la lista y la miró con tanta ferocidad que Yanci miró de reojo a Obi-Wan, preocupada.

Este se apresuró a agradecérselo.

—Nos ayudará. Gracias por venir. Te acompañaré a la puerta.

La acompañó hasta la entrada y se despidió de ella. Volvió a toda prisa a la sala para decidir con Qui-Gon su siguiente paso.

Pero al abrir la puerta, su Maestro ya había desaparecido.

Capítulo 5

Qui-Gon sabía que no debía abandonar la residencia de Manex sin decir a Obi-Wan o a Mace a dónde iba, pero no lo lamentaba. Más conversaciones significaban más retrasos. Si se hubiera ido acompañado de su padawan, lo habría puesto en una mala posición. Si debía tener conflictos con Mace Windu, no quería implicar a Obi-Wan en ellos.

Y, a decir verdad, sus instintos le decían que debía hacer esto solo. Cuatro Jedi eran cuatro opiniones, más charla y más discusión. No tenía tiempo para eso. Debía moverse con rapidez si quería encontrar a Balog.

Su comunicador emitió una señal. Era la tercera vez en una hora. Sabía que era Obi-Wan. Podía sentir que que-ría hablar urgentemente con él. Qui-Gon titubeó antes de apagar el comunicador. Le llamaría en cuanto tuviera algo concreto. Esperaba que su padawan lo comprendiera.

La información de Yanci podía ser inútil. No le lleva-ría mucho tiempo comprobar cuatro clínicas. Mientras tanto, Mace podría ir a la Legislatura Unida y hablar todo lo que quisiera.

Ya había visitado tres clínicas. Oleg no estaba inclui-do en la lista de pacientes. Claro que podría estar con nombre falso, pero eso era improbable. El tratamiento médico era gratuito en Nuevo Apsolon, y se guardaban los historiales de todos los ciudadanos que requerían tratamiento. Los historiales eran accesibles mediante un escáner de retina. Cuando Oleg necesitase tratamiento, la clínica necesitaría su historial para poder tratarlo. No había ninguna duda de que correría el riesgo de utilizar su propio nombre.

Qui-Gon se dirigió a la última clínica, situada en las afueras del sector Civilizado. Hasta el momento había sido sencillo determinar si Oleg había sido o no un paciente en las clínicas. Se las había arreglado para sonsacar la información a los empleados, utilizando la ame-naza o la persuasión. Las clínicas no tenían mucha seguridad. Esperaba que la última fuera igual de fácil. Si tenía suerte, Balog estaría pronto a su alcance. Sus esperanzas aumentaban a medida que caminaba hacia la entrada.

Fuera había una mujer con aire dubitativo. Qui-Gon se dispuso a abrir la puerta, y entonces notó que era ciega. Se detuvo y observó mientras ella alargaba la mano, bus-cando el panel de acceso de la puerta.

¿Cuántas veces le había reprochado Tahl que le dejara hacer algo por sí misma? Había aprendido a dejar que ella le sirviera el té, que accediera a un archivo, que le precediera cuando iban al lago.

"No puedo soportar que me adelantes", le decía ella. "Seré ciega, pero sigo teniendo sentido de la dirección." Hasta el menor recuerdo de Tahl le provocaba dolor. Puede que los pequeños recuerdos fueran los peores. Su larga amistad estaba hecha de miles de pequeños recuerdos como ése. Nadarían en la superficie de su consciencia el resto de su vida. Recordaría cosas de ella que ya había olvidado. Sufriría cada vez que la recordara. —A su izquierda —dijo Qui-Gon educadamente. —Gracias —murmuró ella.

La mujer buscó el panel de acceso y pulsó la señal. La puerta se deslizó, abriéndose. Entró y se dirigió hacia el mostrador, que estaba justo delante. Qui-Gon pudo ver entonces que ella empleaba un sensor láser para guiar sus movimientos. Como Jedi, Tahl había decidido recurrir a sus otros sentidos para no depender de semejante tecnología.

La mujer habló un momento con el encargado, que la mandó a un asiento con voz sonora y desabrida. Al ver la expresión altiva y el rostro delgado del encargado, Qui-Gon sintió que tendría problemas. Miró el nombre en la placa identificativa y caminó hacia él.

—Buenos días, Vero. Espero que puedas ayudarme. Mi sobrino Oleg ha desaparecido. Creo que es paciente aquí. Me sería de gran ayuda saber...

Vero le interrumpió de inmediato.

—No se entregará ninguna información médica sin la debida autorización.

—Aprecio su fidelidad a las normas, pero...

—Sin excepciones.

Vero se volvió y ladró el nombre de otro paciente, ignorando a Qui-Gon.

Desde luego, era una situación diferente. En las otras clínicas había encontrado empleados amables que escucharon su historia e intentaron ayudarle. Qui-Gon podía usar la Fuerza en Vero, pero todo el mundo en la clínica estaba escuchando. Les parecería extraño que el grosero Vero cambiase de actitud. Y tampoco pensaba irse sin descubrir lo que necesitaba saber.

De pronto, oyó un estruendo detrás de él. La mujer ciega había tirado su silla, y después la que tenía al lado-Intentó levantarlas, poniéndose en el camino de otro paciente. Empezó una discusión.

—¡Callen! ¡Callen! ¡Esto es una clínica! ¿Qué esta haciendo? ¡No toque eso! ¡No se mueva! —Vero rodeó el mostrador, alterado por la conmoción.

La aguda mirada de Qui-Gon vio que la mujer derribaba a propósito un florero.

—¡Cuidado con mis ginkas! —gritó Vero, lanzándose a por las flores.

Supo que lo hacía por él. Le estaba dando un poco de tiempo.

Alargó la mano sobre el mostrador y giró la pantalla de datos para tenerla de frente. Tecleó rápidamente el nombre de Oleg. Para su alivio, el historial apareció ante él. Oleg había dado una dirección cercana a la clínica. Su próxima cita era en dos semanas.

Devolvió la pantalla a su posición original, pasó junto a Vero, que recogía las flores y reñía a la mujer por tirarlas, enderezó una silla y ofreció una mano a la mujer para ayudarla a sentarse. Se inclinó hacia su oído.

—Gracias por su ayuda.

—Usted sabe cuándo ayudar y cuándo no —dijo ella—. Eso es raro.

—Tuve una buena maestra.

Qui-Gon salió con rapidez. La puerta se cerró tras él, aislándolo del griterío. Había memorizado la dirección y recordaba la calle por haberla cruzado camino de la clínica. Se dirigió rápidamente hacia allí.

La dirección era de un pequeño hotel. Preguntó por Oleg y le dijeron que había salido, pero que mirara en el café de la esquina. Así lo hizo, algo sorprendido porque Oleg no fuera más discreto.

El dueño estaba limpiando las mesas del frente y, tras preguntarle, le señaló una mesa del fondo.

A la mesa se sentaba un hombre pequeño y rubio, rodeando con las manos una taza de zumo. Qui-Gon se sentó junto a él.

—Ya era hora —dijo Oleg nervioso—. Cada minuto que paso aquí me pone en más peligro.

—He venido lo antes posible —repuso Qui-Gon.

Evidentemente, Oleg esperaba a alguien que no conocía. Eso explicaba por qué no se había molestado en usar un nombre falso. Era evidente que el joven no acos-tumbraba a tratar con el peligro. Miraba continuamente a todas partes, buscando posibles problemas. Cualquiera que fuera buscándole lo identificaría enseguida.

—Tengo el archivo —dijo Oleg—. No lo tengo enci-ma, pero no está lejos de aquí. Y te prevengo que estoy dispuesto a disparar si intentas cualquier cosa. He subido el precio.

—¿Por qué?

Qui-Gon pensaba seguirle el juego. Supuso que Oleg hablaba de la lista, claro. No quería comprársela. Si aún la tenía, eso significaba que Balog no.

—Tengo que dejar el planeta —repuso Oleg, secándose la frente húmeda con una servilleta—. ¿Crees que esto es fácil? Hay demasiada gente buscándome.

—Igual puedo conseguir más.

—Aclárate ahora. No tengo tiempo que perder. —Su comunicador se encendió, lo escuchó por un momento y respondió con los ojos fijos en Qui-Gon—. Sí, eso es. Aún lo tengo. ¿Acepta mi precio? Bien. Entonces nos veremos allí. ¿No puede ser antes? De acuerdo. —Apago el comunicador—. Como ves, hay otros que sí pagarán mi precio. Tengo una cita, pero puedes comprármela tú antes. Así que decídete. O ahora o nunca.

—Nunca. El precio es demasiado alto. Lo siento.

Qui-Gon se levantó, y Oleg pareció ponerse todavía más nervioso.

—Mira, no tengo por qué vendérselo a esa persona. No me cae bien. Es un Absoluto, y yo los odio. Me arruinaron la salud. De verdad que prefiero que la lista acabe con un Obrero. Puede

que te parezca un traidor, pero sólo intento cuidar de mí mismo. Igual podemos llegar a un acuerdo.

—Lo siento —volvió a decir Qui-Gon, volviéndose y saliendo del café.

Se situó fuera de la vista de Oleg, pero sin dejar de verlo mediante su reflejo en el escaparate del café. ¿Sería Balog el postor que había llamado? Tenía el presentimiento de que sí. Oleg había empezado a sudar. Y había dicho que no quería que la lista cayera en manos Absolutas.

Estaba muy cerca. Lo sentía. Toda su concentración estaba centrada en el hombrecito nervioso del café. La ira y la pena se habían comprimido en su interior hasta formar una ardiente bola que amenazaba con estallar en llamas, y se esforzó por apaciguarla. Paciencia, se regañó. Tendría a Balog muy pronto.

Capítulo 6

Qui-Gon no le parecía posible que un ser tardara tanto como Oleg en consumir un vaso de jugo. No parecía notar la mirada hosca del dueño del café, ni la presión de los clientes que entraban buscando mesa a medida que el café iba llenándose.

Qui-Gon empezó a sentir que su presencia era notoria, y se desplazó por la calleja para pararse ante otro escaparate del café. Minutos después se movió hasta el fondo para vigilarlo a través de un sucio ventanuco. Permaneció allí, merodeando, hasta que la gente empezó a volver a casa del trabajo y las ventanas se iluminaron en la calle. Volvió a moverse hacia el frente y cruzó la calle. Se situó ante un bar de jugos, con un buen ángulo para vigilar la parte frontal del café. Cayó la noche. Su paciencia se agotaba. ¿No habría sido la conversación un farol. ¿Un intento de que Qui-Gon aceptara su precio?

Empezaba a considerar la posibilidad de volver a abordar a Oleg cuando le vio salir del café, mirando nervioso por encima del hombro. Qui-Gon se unió a la riada de gente de la acera y le siguió.

Al principio le resultó fácil. La gente de la calle era una buena tapadera. Pero el gentío aumentó al entrar en e sector Obrero. Oleg era un hombre pequeño, y pronto se perdió entre la multitud. Era difícil no perderlo de vista sin tropezarse con el.

Poco a poco se dio cuenta de que él no era el único que lo seguía. No volvió la cabeza ni cambió el paso, pero lanzó su atención a su alrededor como si fuera una red. Alguien seguía a Oleg desde la otra acera.

Era Balog. Lo vio reflejado en la reluciente superficie de un deslizador. Reconoció su forma robusta, la forma en que sus piernas musculosas parecían mover su cuerpo hacia adelante como una máquina, no como un hombre.

No sabía si Balog le había visto a su vez. Igual estaba concentrado en Oleg. Con suerte, sería así. Pero no podía depender de la suerte. El corazón se le empezó a acelerar y tuvo que disciplinarse para mantener la concentración. Quería volverse y precipitarse contra Balog en un ataque demoledor. Quería

hacerle pagar por cada bocanada de aire que Tahl había obtenido entre jadeos, por cada segundo que sus sistemas vitales habían tardado en desmoronarse. Haría que cada instante de sufrimiento de Balog le pareciera una eternidad...

¿De dónde había salido ese pensamiento? Su ferocidad le asustó. Había brotado de su interior. Sonaba a venganza. No sabía que una emoción semejante pudiera existir en su interior. Ese conocimiento lo incomodó.

Puedo controlarlo. No se apoderará de mí. Puedo capturar a Balog sin dejar que la ira se apodere de mí.

Se dijo eso tal y como se lo habría dicho a Obi-Wan.

Era un Jedi. Su entrenamiento lo mantendría en el buen camino. Debía ser así.

Las manos le temblaron, y se las agarró por un momento' "Ayúdame, Tahl", dijo con fervor. Nunca le había dicho algo así cuando ella vivía, aunque ahora se daba cuenta de la cantidad de veces que había acudido a ella buscando ayuda. Ella siempre supo lo mucho que le costaba pedírsela. Era lo único de lo que ella no se burlaba. En vez de eso, se limitaba a proporcionarle lo que necesitaba: información, tranquilidad, compasión.

A su izquierda, Balog aceleró el paso. Qui-Gon retro-cedió. Ahora debía tener controlados tanto a Balog como a Oleg.

Éste entró en un almacén. Balog corrió por una calleja lateral del edificio. La mente de Qui-Gon no albergaba ninguna duda respecto a cuál debía seguir. Se dirigió a la calleja, tras Balog.

Cuando llegó al final se encontró ante una pequeña valla. El lugar estaba vacío. Todas las ventanas del alma-cén que miraban a la calleja estaban a oscuras. Probó con la puerta. Cerrada.

Un movimiento que captó por el rabillo del ojo lo alertó. Sólo era eso, pero fue bastante. Se estaba volviendo y activando el sable láser cuando le atacó la primera sonda robot. Disparos láser resonaron en su oído. Sintió calor cerca de su hombro. Intentó derribarla con el arma, pero se apartó.

Disparos a su izquierda, luego a su derecha. Y detrás de él. Contó siete sondas, todas en modo de ataque. Sus sensores brillaban rojos al establecer las coordenadas de su paradero. Los disparos láser llovieron a su alrededor, trazando una jaula. Era casi imposible esquivarlos.

Corrió hacia la valla. Desplazó su cuerpo de forma horizontal, llamando a la Fuerza para que le ayudara a escalarla sin usar las manos. Tenía un equilibrio perfecto al llegar a lo alto. Dio un salto hacia atrás y acabó con dos sondas de un solo mandoble hacia abajo.

Antes de tocar el suelo, se dobló en el aire para ate-rrizar a unos centímetros de allí, confundiendo a la sondas robot, que disparó hacia donde debía haber aterrizado.

Corrió hacia la pared del almacén, subió por ella y dio un salto hacia atrás, barriendo con un golpe a la tercera máquina. Ésta lanzó un zumbido, y los disparos láser brotaron en una serie de fogonazos. Entonces empezó a echar humo y a girar sobre sí misma hasta caer.

Qui-Gon luchó con frenesí, pensando que Balog estaba dentro del almacén. Las sondas robot le retrasaban, y la frustración ardía en su interior.

Atacó con ferocidad redoblada. Saltó a lo alto de la valla, dando una patada que hizo volar a una sonda mien-tras hundía su arma en el corazón de otra. Ésta lanzó un chirrido angustioso y se desplomó rápidamente contra el suelo, estrellándose y explotando en llamas.

Qui-Gon tocó el suelo, sable láser en alto, listo para el siguiente asalto. Pero, para su sorpresa, las dos sondas robot restantes se alejaron de pronto y desaparecieron en la oscuridad.

No titubeó ni un momento. Abrió un agujero en la puerta con el sable láser y cargó dentro. Corrió por el pasillo, mirando cuarto tras cuarto. Estaban llenos de herramientas, equipos y bidones de duracero. No encon-tró nada hasta llegar a un pequeño cuarto cerca del turbo-ascensor.

Allí estaba Oleg, tumbado en el suelo, con los brazos estirados y la boca abierta. Una expresión de sorpresa se pintaba en su rostro. Pero nunca volvería a sorprenderse.

Capítulo 7

Mace no había evidenciado ninguna emoción cuando Obi-Wan le notificó la desaparición de Qui-Gon. Se había limitado a asentir.

—Estoy seguro de que tendremos noticias suyas —había dicho.

Pero cuando descubrieron que Qui-Gon había apaga-do su comunicador, la desaprobación de Mace fue obvia.

—Habrá que proceder sin Qui-Gon. Creo que debe-mos separarnos. Yo iré a la Legislatura Unida a recabar información. Obi-Wan, ¿puedes encontrar a esa médico, Yanci? Necesitamos otra copia de su lista.

—Supongo que sí —dijo Obi-Wan—. Dijo que esta-ba con los Obreros; podré encontrarla mediante Irini y Lenz.

—Bien. Entonces, Bant y tú iréis a buscarla y os uniréis a Qui-Gon en la búsqueda de Oleg. No tengo ninguna duda de que así os toparéis con Qui-Gon. En cuanto os encontréis con alguno de los dos, comunicádmelo.

Obi-Wan asintió. Mace los dejó, saliendo a toda prisa de la residencia de Manex y bajando a la calle. Alguno de los viandantes le miró, fijándose en sus ropas de Jedi. Seguramente habrían oído los rumores sobre la traición de la Jedi. Obi-Wan estaba seguro de que Mace lo había notado, pero, aun así, se alejó sin titubeo visible en sus andares o su expresión.

—¿Adonde vamos? —preguntó Bant. Había una nueva frialdad en su voz.

—Al sector Obrero. Por allí tomaremos un transporte público.

Mientras caminaban, Obi-Wan pensó que no soportaría que no pudieran volver a ser amigos. Necesitaba que las cosas quedaran claras y en paz con Bant. Las cosas ya estaban muy confusas ahora que no estaba Qui-Gon. Le preocupaba el motivo por el que se había ido sin él. ¿Le movería la venganza? ¿Por qué no quiso que le acompañara?

Obi-Wan echaba de menos a su Maestro y le resulta-ba muy difícil tener que echar de menos también a su amiga. Sobre todo cuando iba caminando a su lado.

Subieron a bordo de un aerobús casi vacío. Obi-Wan miró las calles ante las que pasaban, esperando poder captar algún atisbo de su Maestro.

—Está ahí fuera, en alguna parte —dijo. No sabía si Bant le hablaba, pero estaba tan acostumbrado a confiarse a ella que las palabras brotaron de él antes de que pudiera detenerlas—. Y no sé lo que piensa o planea, Prodría estar encaminándose a un peligro. Podría necesitarme. Si le pasa algo...

Bant clavó en él sus fríos ojos plateados.

—Si a tu Maestro le pasa algo, te sentirás como me siento yo.

Tras decir esto, volvió a mirar al frente. Obi-Wan se sintió como si le hubiera abofeteado. Por supuesto, ella tenía razón.

¿Qué podía decir? Ya se había disculpado.

Lamentaba sinceramente no haber tenido en cuenta los sentimientos de Bant. Lo único que podía hacer era mostrarse de acuerdo.

—Sí —dijo—. Entonces sabría con exactitud cómo te sientes.

***

Era rara la misión donde algo salía tal y como debería salir. Pero esta vez tenían la suerte de su lado. Obi-Wan recordaba con exactitud dónde se habían reunido Qui-Gon y él con Lenz. Sólo había sido unos días antes, pero le parecía como si hubiera pasado toda una vida. Con suerte, Lenz aún viviría en el mismo lugar. Solía moverse mucho para escapar a la vigilancia de los nuevos Absolutos.

Lenz les comunicó voluntariamente la dirección donde estaba Yanci, a poca distancia de allí. Yanci recibió a Obi-Wan con afecto cansino y le imprimió una copia de la lista. En un periodo de tiempo muy corto volvieron a estar en la calle, camino de la primera clínica.

No tuvieron problemas en las tres primeras clínicas. Los empleados les dijeron sin poner trabas que Oleg no era un paciente. Pero en la cuarta clínica había un empleado arrogante llamado Vero. Se daba una importancia excesiva y se negó a facilitar cualquier información.

—No sé lo que harán las clínicas del sector Obrero —dijo con altivez—, pero aquí somos Civilizados, y nos tomamos nuestro trabajo muy en serio. —Miró a Bant con desdén—. Es obvio que eres nueva aquí. Seguro que en tu planeta las cosas son más primitivas. Igual no estás familiarizada con nuestros procedimientos.

La piel de Bant se tornó rosada por la ira. —Mira, eres...

—Gracias —dijo Obi-Wan rápidamente, apartando a Bant del mostrador.

—Iniciar un enfrentamiento no nos ayudará en nada —le susurró—. Tenemos que pensar en otra cosa.

Bant miró al empleado.

—¿Y usando los sables láser? ¿Crees que será lo bastante "primitivo" para él?

Obi-Wan sonrió. Bant era la más dulce de las criaturas, pero hasta ella tenía sus límites.

—Seguramente nunca ha visto un calamariano. Nuevo Ápsolon no tiene mucho turismo. Hay Civilizados buenos, pero estoy seguro de que también hay muchos como Vero.

—¿Qué tal eres usando la Fuerza para afectar su mente? —preguntó Bant, frunciendo el ceño—. No sé si yo podría con él. Es un estúpido, pero parece testarudo.

Obi-Wan no creía que él tuviera éxito, de intentarlo.

—Y la sala de espera es muy pequeña... Nos oiría todo el mundo —murmuró.

La mirada plateada de Bant se paseó sobre la gente.

—Nos mira todo el mundo.

—Seguro que ellos tampoco han visto nunca una calamariana —comentó Obi-Wan.

Algo destelló en los ojos de Bant.

—Eso me da una idea.

De pronto se tambaleó y empezó a boquear.

—He superado mi límite —dijo—. Ayúdame. Necesito agua.

Obi-Wan la sostuvo mientras se derrumbaba.

—¡Agua! —gritó ella.

Vero los miró con una expresión mezcla de irritación y alarma.

—¿Qué pasa? Los médicos están ocupados.

—Es una calamariana —dijo Obi-Wan frenético—. No puede estar fuera del agua más de cuatro horas. ¡Necesitamos sumergirla en agua ahora mismo!

—No puedo autorizar eso —dijo Vero, meneando la cabeza —. Tendrá que esperar.

—¡Se morirá! —gritó Obi-Wan. Bant cooperó, hundiéndose más aún.

—He oído hablar de los calamarianos —dijo alguien de la sala de espera—. Lo que dice es verdad.

—¡Esto figurará en tu expediente! —avisó Obi-Wan a Vero. Estuvo a punto de decir conciencia, pero no sabía si Vero tendría alguna—. ¿Es lo que quieres?

Vero pareció alarmarse ante la mención de su expediente.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo—. Atrás hay una bañera de inmersión. La llevaré a ella.

Obi-Wan entregó a Bant a Vero, que cogió su brazo con desagrado. Medio la arrastró hacia los cubículos médicos.

Obi-Wan no perdió el tiempo. Se movió con discreción hacia el mostrador y accedió rápidamente a los holo archivos.

¡Sí! Oleg había estado allí pocos días antes. Y se incluía una dirección. Obi-Wan la memorizó rápidamente y volvió adonde estaba antes. Se estaba sentando en una silla de la sala de espera cuando volvió Vero.

—Tu amiga está nadando —dijo Vero con el ceño fruncido.

Bant salió unos minutos después, todavía mojada. Obi-Wan le hizo una seña con la cabeza para hacerle saber que había tenido éxito. Dejaron la clínica rápidamente y se dirigieron a un quiosco topográfico de una esquina cercana. Localizaron la dirección. Sólo estaba a unas manzanas de distancia. Era la dirección de un pequeño hotel, pero su búsqueda concluyó al descubrir que Oleg había salido.

—Preguntan demasiado por él —dijo el dueño hotel con tono siniestro—. Y no tengo nada que deciros a vosotros.

Decepcionado, Obi-Wan se paró en la acera. Tenía la sensación de que Qui-Gon no se había rendido tan fácil-mente.

—Supongo que podemos vigilar este sitio —dijo Bant, dubitativa—. O vigilar la clínica.

—Su siguiente cita es dentro de dos semanas —repuso Obi-Wan, desanimado.

—Bueno, llamemos a Mace y digámosle que es un callejón sin salida.

A Obi-Wan no le gustaba tener que dar malas noticias a Mace, pero buscó el comunicador.

Cuando contestó, le explicó rápidamente los pasos que habían dado y dónde estaban.

—Vuelve a darme tu localización —dijo Mace con tono extraño. Cuando Obi-Wan se la repitió, reinó una larga pausa—. Acaban de informarme de que han encontrado un cadáver cerca. Reuníos allí conmigo. Yo salgo ahora.

Mace le dio la dirección y cortó la comunicación. El padawan miró a Bant. Sabía que los dos temían lo mismo. No podía manifestar el miedo con palabras, pero creció en su interior, vaciándole de energías. El cadáver podía ser el de Qui-Gon.

Se volvieron sin decir palabra y corrieron hacia la dirección que les había dado Mace. Sólo estaba a unas manzanas de allí.

Se pararon ante un almacén. Había vehículos de seguridad aparcados fuera, y los guardias entraban y salían, Obi-Wan avanzó como si tuviera la obligación de estar allí. No podía esperar ni un segundo más. —Sonos Jedi. Manex nos ha autorizado a investigar —dijo con firmeza.

Para su sorpresa, el guardia les hizo pasar con un gesto. Manex debía de haber llamado y exigido acceso para los jedi.

El cuerpo estaba en el pasillo, bajo una tela. Obi-Wan sintió que el alivio terminaba de dejarle sin fuerza en 1os músculos. Pudo ver por su forma que el cuerpo era demasiado frágil y bajo para ser el de Qui-Gon.

Aun así, se inclinó y alzó una esquina de la tela unos ojos azules le miraron con sorpresa. Por muchas veces que viera la muerte, Obi-Wan seguía sin acostumbrarse a ella.

Supuso quién era el joven.

—¿Lo han identificado? —preguntó a un oficial cercano.

—Se llamaba Oleg —replicó el oficial mientras tecleaba algo en su datapad.

—¿Llevaba algo encima? —preguntó Bant.

—Sólo una pistola láser. No tuvo oportunidad de usarla. Una sonda robot le mató antes.

Obi-Wan y Bant exploraron la zona mientras espera-ban a Mace. Al principio no encontraron nada que indicara una lucha, ninguna pista que les enviara en una nueva dirección. Entonces llegaron a la puerta de atrás. Estaba destrozada, con un agujero lo bastante grande como para que pasase un hombre.

—Un sable láser, sin duda —dijo la voz de Mace tras ellos.

—Igual lo hizo un vibrosoplete —sugirió Obi-Wan. De pronto no quería que Mace pensara que Qui-Gon había estado allí.

Mace no contestó. Sus ojos se estrecharon, y avanzó para coger algo del extremo afilado de una bisagra rota. Se lo mostró a Obi-Wan y a Bant. Era un pedazo de túnica Jedi.

Se volvió y miró por la abertura de la puerta. Los guardias de seguridad habían dejado barras luminosas para iluminar la parte de atrás.

—Aquí tuvo lugar una batalla con sondas robot —dijo Mace —¿Veis las quemaduras del sueño? Cuatro o cinco, puede que más —Se volvió hacia Obi-Wan—. ¿No empleó Qui-Gon sondas robot para buscar a Balog?

Obi-Wan tragó saliva. No podía mentir a Mace.

—Sí.

Mace permaneció inmóvil, sosteniendo el trozo de tela. Su rostro no evidenciaba nada de lo que pensaba, pero Obi-Wan podía adivinarlo.

¿Estaba implicado Qui-Gon en la muerte de Oleg? ¿Se habría pasado al Lado Oscuro movido por su pena y su ira? ¿Qué haría si alguien se interponía en su deseo de vengar la muerte de Tahl? Obi-Wan temía las preguntas que había en la mente de Mace. Y lo que más le preocupaba es que también eran las suyas.

Capítulo 8

Qui-Gon se movió con rapidez por las calles oscuras, siguiendo la pista que encontró junto a Oleg un colgante con su fina cadena. La cadena estaba rota. Había reconocido enseguida el colgante. Irini había estado en el almacén.

Se detuvo un momento ante la morada de Lenz, preguntándose cómo proceder. Irini no le proporcionaría libremente la información, pero su impaciencia no le con-cedía tiempo para persuasiones.

Entonces vio a Irini dirigiéndose hacia él, con las manos ocupadas por una bolsa de comida. Sus pasos se ralentizaron un instante al ver a Qui-Gon. Y entonces se movió con rapidez para ocultar su titubeo. En ese momento, Qui-Gon decidió que su mejor posibilidad sería soltarse un farol.

—Nos vemos otra vez esta noche —dijo.

Ella le miró temerosa.

—¿Otra vez?

—Esta noche estuviste en el almacén con Oleg. Igual que yo.

Ella tragó saliva. Sus ojos se estrecharon.

—¿Qué quieres?

—¿Conseguiste la lista?

Ella soltó aire.

—No. No la tenía. Me hice pasar por comprador esperando conseguirla. O poner a salvo a Oleg si no la tenía

—Traicionó a los Obreros.

—Vio una forma de hacer fortuna, sí —dijo Irini con iré cansino—. Hay muchos Obreros desesperados como él Pese a nuestras esperanzas, la riqueza de los Civiliza-dos sigue sin llegar hasta nosotros. Pero Oleg sigue sien-do un Obrero, y sabemos que van tras él. Mi trabajo era traerlo.

—¿Viste lo que sucedió?

—Lo atacaron dos sondas robot, y me marché. Estoy segura de que las envió Balog.

—Balog también estaba allí. Yo le vi.

Irina dejó caer el paquete que llevaba. Frutas y paquetes de proteínas se derramaron por el pavimento.

—¿Balog estaba allí? ¿Tiene la lista?

—Dijiste que Oleg no la tenía.

Ella negó con la cabeza, pareciendo de pronto preocupada.

—No la vi. Pero igual se me escapó algo... No creo que Oleg llevara la lista encima. Estaba preocupado por su seguridad. Creo que ya la había ven-

—Entonces, ¿por qué se reunió con otro comprador? —Tú lo has dicho, quería hacer fortuna. Podía vender la lista varias veces y ganar lo bastante como para pasar el resto de su vida rodeado de lujo.

Irina se apretó los ojos con la mano. —Entonces, puede haber varias personas con la lista. No se me había ocurrido.

—La cuestión es ¿quién? —dijo Qui-Gon—. Y, de tenerla Balog, ¿cuál sería su próximo movimiento?

—No puedo responder a esas preguntas. Estoy tan a oscuras como tú.

Irini se agachó y empezó a recoger la comida. Qui-Gon se agachó para ayudarla.

—Los dos buscamos lo mismo, Irini —dijo, ponien do un paquete de té en la bolsa—. Sería buena idea que me ayudaras.

Una sombra de tristeza se adueñó del rostro normal-mente impasible de Irini.

—Lo haría si pudiera. Tengo que llevarle esto a Lenz.

Entonces se alejó, acunando el paquete en sus brazos.

Qui-Gon meditó su siguiente movimiento. Le costaba mantener la mente despejada. Se sentía como tanteando en la oscuridad. Había basado en conjeturas gran parte de su búsqueda de Balog.

Pero era todo lo que tenía.

La lista seguía siendo la clave. Si Balog la tenía ya, su siguiente paso sería consolidar su poder. Si Oleg la había vendido a otro, ¿quién la habría podido comprar?

La respuesta era sencilla. Las elecciones estaban a punto de celebrarse. Los más beneficiados por la lista, y los más amenazados, serían los políticos. Un Legislador con esa lista tendría un poder muy grande.

Odiaba admitirlo, pero Mace había tenido razón. Debía ir a la Legislatura Unida. Ya era de noche; no encontraría a ningún

Legislador. Pero seguro que encontraba algo que hacer. Qui-Gon dio media vuelta y se dirigió hacia el sector Civilizado.

Capítulo 9

Obi-Wan y Bant estaban parados ante el Luster, un opulento café situado cerca del edificio de la Legislatura Unida. Dentro, bajo las cúpulas de las grandes lámparas, podía verse a la élite Civilizada sentada ante pulidas mesas, riendo, comiendo, hablando y acercándose las cabezas para comunicarse cotilleos gubernamentales. Se acercaban sillas a mesas ya abarrotadas, dificultando moverse por el lugar, pero eso no parecía importar a nadie.

Mace estaba dentro, en alguna parte, intentando recabar información. Les había dicho que podían esperarle en los cómodos aposentos de la residencia de Manex, pero ni Obi-Wan ni Bant quisieron irse. Tenían una sensación de urgencia, como si cada momento contase.

Bant estaba parada con los brazos cruzados y los ojos clavados en el café brillantemente iluminado. Obi-Wan se preguntaba cómo empezar una conversación con la joven.

Pronto, tras años hablando con ella de todo lo que le pasaba por la mente, no encontraba nada que decir.

Bant tenía el cuerpo rígido y una mirada tan feroz como la de Mace. La rigidez y concentración que veía en ella le dificultaba aún más romper el silencio. Entonces notó que no estaba tan contenida como parecía. Se apretaba las manos con fuerza. Se dio cuenat de que en vez de estar sumida en la concentración, luchaba por mantener la compostura.

Fijándose mejor, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Luchaba para impedir que se derramaran.

—Bant —dijo él con suavidad. No sabía qué otra cosa decir.

—Ella debía estar aquí —dijo Bant con voz ahogada—. Me resulta imposible pensar que no está aquí. No puedo creer que no vaya a aparecer en cualquier momento por la esquina. No paro de oírla regañándonos por armar tanto jaleo y venir a salvarla —las lágrimas corrieron por su cara—. Duele mucho, Obi-Wan. No puedo encontrar paz en su muerte. Se supone que debo aceptarla. Pero no puedo.

Era la riada de palabras más larga que había dicho desde que llegó. Obi-Wan se dio cuenta de que Bant había dicho todo lo que él había estado sintiendo. Le resultaba imposible creer que Tahl estuviera muerta. Sabía que una parte de su ser seguía sin asimilarlo. Sabía que se estaba concentrando en su preocupación por Qui-Gon para no tener que pensar en ello.

—Sé lo que quieres decir —dijo—. Cuando la encontramos, estaba muy débil, y ni por un momento imaginé que pudiera morirse. Tahl era muy fuerte. Siempre fue tan fuerte como Qui-Gon.

—¿Dijo alguna cosa? —preguntó Bant con timidez—. Algo antes de...

—Cuando yo la vi, estaba demasiado débil para hablar. Qui-Gon estaba a su lado cuando murió.

—Me alegro de que tuviera a un buen amigo a su lado.

Obi-Wan titubeó. No sabía si debía decirlo o no. Pero, ¿acaso no le debía a Bant su confianza? Igual eso ayudaba a cerrar el abismo que se había abierto entre ellos.

—Creo que Qui-Gon y Tahl se convirtieron en algo más que amigos —le dijo—. Aquí, en Nuevo Ápsolon, cambió algo entre ellos. Por eso está Qui-Gon tan afectado.

Bant se volvió, sorprendida.

—¿Quieres decir que se querían?

Obi-Wan asintió.

Bant se miró sus propias manos agarradas.

—Entonces, es aún más triste, ¿verdad?

—Sí —dijo Obi-Wan—. Es lo más triste que he visto nunca. Por eso estoy tan preocupado por Qui-Gon.

Bant alargó la mano y le apretó el brazo. Obi-Wan se sintió feliz ante la espontaneidad del gesto.

—Le ayudaremos, Obi-Wan —prometió ella.

Y, por primera vez, Obi-Wan sintió que igual po-drían hacerlo.

En ese momento, Mace salió del café con la túnica revoloteando alrededor de los tobillos. Cruzó la calle y llegó hasta ellos.

—No he descubierto mucho —admitió—. Pero oí un cotilleo interesante al salir. La legisladora Pleni ha anunciado hoy que se

presentará para Gobernadora Suprema, Hasta ahora no había intervenido mucho en la Legislatuta, así que ha sido una sorpresa para todos. En sólo una tarde ha conseguido atraer a su lado a varios legisladores muy poderosos.

Mace vio el desconcierto en el rostro de Bant y Obi-Wan.

—Su repentino interés por el poder y el rápido apoyo que ha obtenido podría significar que ha comprado la lista de Oleg —les dijo—. En cualquier caso, vale la pena investigarlo —Mace se envolvió en la capa—. Si tiene la lista puede correr peligro. Todo el que esté en posesión de ella podría acabar como Oleg. Vamos. Su residencia no está lejos.

Su larga zancada cubría más distancia de la que Obi-Wan podía cubrir a paso normal. Bant y él tuvieron que correr para mantenerse a su altura.

La legisladora Pleni vivía sola en una pequeña y ele-gante morada hecha de la misma piedra gris con la que estaba construida buena parte de Nuevo Ápsolon. Todas las luces del interior estaban encendidas. Mace presionó la barra luminosa que la alertaría de que tenía visitas. Esperaron junto al panel para anunciarse, pero no obtu-vieron respuesta.

—Podría haberse dejado las luces encendidas al salir —dijo Mace—. Pero explorémosla de todos modos.

Tenía una mirada preocupada. Mace tenía una pro-funda conexión con la Fuerza. Obi-Wan no había sentido nada, pero ahora concentró su atención en la Fuerza, buscando a su alrededor. No captó nada.

Recorrieron el perímetro de la morada. Mace se mos-traba cada vez más preocupado a medida que caminaban. Cuando llegaron a la parte de atrás, también lo sintió Obi-Wan; una perturbación en la Fuerza. Miró a Mace, que le indicó señales de que una sonda robot había entrado por una ventana.

La puerta estaba cerrada, pero Mace no titubeo. Abrió un agujero en ella con el sable láser y entró. Obi-Wan y Bant le siguieron.

Los suelos de piedra estaban relucientes. Nada pare-cía estar fuera de lugar. Caminaron por las salas vacias en un silencio tenebroso, y subieron las escaleras.

Arriba vieron al fin señales de lucha. Había muebles tirados. Jarrones de cristal rotos.

Mace miró al techo. Señaló varias marcas borrosas.

—Sondas robot.

La perturbación en la Fuerza era ahora para Obi-Wan algo más que una onda en el agua. Era una enorme oleada. Avanzó con la mano en el pomo del sable láser. Dobló a esquina y entró en el dormitorio de la legisladora pleni. La puerta medio abierta estaba acribillada por dis-paros láser.

Obi-Wan avanzó despacio, temiendo lo que podría encontrar tras la puerta. La abrió, empujándola con la punta del pie.

La legisladora Pleni yacía encogida en un rincón, aferrando una pistola láser con las manos. A sus pies había una sonda robot. La mujer estaba muerta.

Mace apareció tras él sin hacer ruido. Obi-Wan oyó su profundo suspiro.

—En Nuevo Ápsolon siempre vamos un paso dema-siado tarde -dijo Mace.

Obi-Wan pudo identificar en su voz la determinación de que dejaría de suceder así.

Oyeron ruido abajo, y el sonido de pies en las escale-ras. Una escuadra de seguridad apareció segundos después.

—Está aquí dentro —dijo Mace.

Condujo a Obi-Wan y a Bant hasta abajo, donde no tendrían ante ellos la evidencia de la horrible muerte de la legisladora Pleni. Fueron interrogados por la escuadra de segundad, y después les dijeron que eran libres de irse. Aun así, Mace se demoró allí.

Cuando por fin bajó la escuadra de seguridad, una vez completada su investigación, Mace detuvo al oficial enjefe.

—¿Alguna conclusión? —Sí —dijo el oficial, pasando ante ellos. Mace se paró ante él, bloqueándole el camino. —Sabe que el Manex ha ordenado a las escuadras de seguridad que cooperen con los Jedi.

El oficial titubeó. Un brillo de malicia iluminó sus ojos.

—Muy bien. Entonces, deje que le diga lo que hemos descubierto. La legisladora Pleni fue asesinada por una sonda robot. Hemos podido rastrear a su propietario.

—¿Tienen un nombre? —preguntó Mace Windu.

—Desde luego —el oficial de seguridad enseñó los dientes con una sonrisa—. Su amigo Jedi, Qui-Gon Jinn.

Capítulo 10

La mañana siguiente, Qui-Gon empezó a actuar muy temprano. Había pasado la mayor parte de la noche de café en café, intentando recabar información. Cuanto más tardía era la hora, más sueltas se tornaban las lenguas, pero no pudo descubrir nada que lo pusiera tras la pista de Balog. Se cotilleaba mucho sobre el hecho de que Alani se presentara al puesto de Gobernador Supremo, y Manex cada vez tenía más partidarios. Ninguna de ambas cosas le ayudaba.

Pasó el resto de la noche en el banco de un parque de hierba, esperando impaciente la llegada del alba. Podía sen-tir a Balog moviéndose en alguna parte, maniobrando, intrigando, planeando su siguiente movimiento. Sentía la ausencia de Tahl con un dolor tan profundo que no podía rentarlo de forma directa. Pensar en sus últimos días, en todo lo que la había hecho sufrir Balog, le forzaba a mover-se, a levantarse y caminar por el parque hasta alcanzar un amiento que le impidiera pensar en la oscura venganza ardía en su interior. Tendría que dominarla... de algún modo. Y acabó embotando su mente con el cansancio, como única forma de seguir adelante. No tardó mucho en haber dibujado caminos del gran parque urbano. Podría haber dibujado un mapa del lugar con los ojos vendados.

Los soles salieron, y la gente empezó a salir a las calles. Qui-Gon vio con alivio la llegada de la mañana Fue hasta un café situado ante la Legislatura para tomar un desayuno ligero, y observó y esperó a que los edificios oficiales se llenaran de personas que empezaban su jorna-da laboral.

Seguía llevando una capa de viajero encima de su túnica. Esperaba no ser identificado como un Jedi y deci-dió hacerse pasar por un hombre de negocios que busca-ba nuevas oportunidades en Nuevo Ápsolon.

Justo cuando estaba a punto de irse, oyó una conver-sación a sus espaldas. Dos asistentes acababan de salu-darse. Oyó el nombre de "legisladora Pleni". Y después el de "Qui-Gon Jinn".

Se inclinó hacia delante, simulando beber su té mien-tras filtraba el ruido del café y se concentraba en la con-versación que

tenía lugar tras él. Entonces recibió la desa-gradable sorpresa de descubrir que lo buscaban por el ase-sinato de un legislador.

Lo cual dificultaba más de lo que esperaba sus planes de obtener información en los edificios oficiales de la Legislatura. Qui-Gon sentía un gran respeto por los agen-tes de seguridad de Nuevo Ápsolon. Estaba seguro de que hasta el último de ellos tendría una detallada descripción suya. Y los despachos de la Legislatura estaban vigilados por guardias de seguridad.

Qui-Gon rodeó con las manos su taza de té, pero tuvo que llevárselas al regazo. El deseo de romper la taza en pedacitos era demasiado grande. Le parecía que cada vez que intentaba dar un paso adelante, le hacían retroceder de una patada.

Expulsó el aire por la nariz, respirando de forma repo-sada y regular. No pensaba como un Jedi. Debía controlar la frustración. Siempre había un modo de hacer las cosas.

Las calles seguían abarrotadas de gente, pero necesiba moverse. También necesitaba un disfraz mejor que una simple capa. No podía disimular su altura, pero sí disfrazarse de alguna manera. Qui-Gon dejó el café y fue de compras.

Al cabo de media hora se había transformado en un hombre de negocios de ojos oscuros vestido con una túnica veda. Llevaba los largos cabellos ocultos por un turbante como el que utilizaba la élite del planeta Rorgam. Lo había encontrado en una pequeña tienda de objetos usados. Hacerse pasar por un ciudadano de Rorgam, pla-neta compuesto por inmigrantes de muchos mundos dife-rentes, sería una buena tapadera.

Qui-Gon se dirigió a las salas de la Legislatura. Que Nuevo Ápsolon fuera el centro tecnológico de esa parte de la galaxia hacía que allí se firmaran muchos acuerdos. La creciente inestabilidad del planeta causaba cierto frenesí en el ambiente.

En el primer control había un guardia de seguridad. Qui-Gon no tenía más remedio que cruzarlo. Si no podía cruzar las salas sin problema, no podría hacer nada.

Sintió alivio al pasar junto al guardia de seguridad, que se limitó a mirarlo sin interés antes de desplazar la mirada para examinar al visitante que iba tras él. Tenía suerte de que Manex no hubiera instituido medidas de seguridad más férreas que requiriesen documentacióntextual para la admisión.

Necesitaba saber varias cosas. ¿Por qué era sospe-choso de la muerte de Pleni? No había conocido su existencia hasta esa mañana. ¿Estaba su muerte relacionada con la de Oleg? ¿Había intentado comprar también la lista? Qui-Gon había decidido que el único rumbo a seguir que le quedaba era presentándose como posible comprador de la misma. Si se corría la voz de que había un próspero hombre de negocios de Rorgam con dinero para gastar, tarde o temprano aparecería alguien con algo que vender.

Se ajustó la túnica y se sumergió en la multitud.

***

Estaba conversando con un importante asistente legislativo cuando vio a Eritha y Alani al fondo de la sala Alani hablaba con un grupo de admiradores que se agrupaban a su alrededor. Para su alivio, se alejaron por un pasillo. Eritha iba rezagada y vio a Qui-Gon. Una expresión de sorpresa, y luego de saludo, llenaron su rostro. Qui-Gon la ignoró.

Eritha titubeó. Entonces, su rostro se tornó inexpresi-vo al darse cuenta de que él no quería que lo reconocie-ran. Todo esto pasó en un latido. Una vez más, Qui-Gon tuvo que admirar la inteligencia de Eritha. La chica tenía buenos reflejos.

Ela le hizo una seña y se desplazó a una sala conti-gua. Qui-Gon concluyó su conversación con el asistente y se encaminó hacia ella con aire casual.

La sala estaba vacía y ella se aseguró de que él la seguía antes de abrir una puerta. Él la siguió hasta una pequeña sala de conferencias.

Para su sorpresa, Eritha se arrojó a sus brazos.

—Me alegro mucho de verte —dijo—. Estaba muy preocupada —él le dio unas palmaditas en el hombro y ella se apartó—. No deberías estar aquí. ¿No sabes que te buscan por asesinato?

Qui-Gon asintió.

—¿Sabes por qué? Nunca he visto a la legisladora Pleni. ¿Lo ha preparado Balog?

—No lo sé. Es posible. Sé que Alani sigue en contacto con él. Yo he venido a conseguir información. Creo tener una pista. Pero

debo ir con cuidado. No quiero que Alani sospeche, así que simulo apoyar su candidatura. Por la Legislatura corre un rumor del que debías estar enterado. Manex tiene la lista de informadores secretos de los Absolutos. —¿Manex? Eritha asintió.

—Tengo la sensación de que el hermano de Roan es más ambicioso de lo que pretende aparentar. Quiere mantenerse en el poder.

—Necesito poder contactar contigo —le dijo Qui-Gon—. Voy a moverme mucho. Eritha se mordió el labio.

—¿Puedes esperar aquí unos minutos? Estoy a punto de descubrir dónde se esconde Balog. Esta sala de confe-rencias ya no se usa mucho. Volveré en unos diez minutos. —Si te retrasas...

—No me retrasaré —dijo Eritha, confiada, y salió por la puerta.

Qui-Gon suspiró. Eritha tenía la impaciencia y el optimismo de la juventud. Si no volvía no tendría modo de contactar con ella y debería entrar en la residencia del Gobernador Supremo para hacerlo.

No le quedaba más remedio que esperar. Podía perder diez o quince minutos. Se sentó en una silla y repasó lo que había pasado esa mañana. Había dejado caer insinuaciones de que quería comprar poder y que estaba dispuesto a pagar bien por ello. Hasta había insinuado la existencia de una lista. Había captado ocasionales destellos de interés en algún legislador o en algún asistente, pero no sabía con certeza si se basaban en el conocimiento o en la pura avaricia.

Pasaron cinco minutos. Estaba inquieto y se acercó a la ventana. Miró a la abarrotada calle de abajo, al otro lado del muro de la Legislatura. ¿Se estaría moviendo Balog con libertad, o se escondería durante el día, dejan-do que aliados como Alani prepararan su regreso?

La puerta se abrió con un siseo. Pero en vez de Eritha, apareció un asistente con aire confundido.

—Disculpe, ¿no es aquí donde se reúne el comité para el Acta de Desarrollo Minero?

—Me temo que no —dijo Qui-Gon.

—Oh. Disculpe otra vez.

El joven asintió y se retiró, y la puerta volvió a si-sear al cerrarse tras él.

"Una interrupción inocente", se dijo Qui-Gon. Pero igual no lo era. Pensó cuidadosamente en la apariencia del joven. Llevaba la túnica azul de un asistente, pero...

Las botas. Llevaba las botas de un agente de seguri-dad. Estaba comprobando todas las salas. Y podía haber reconocido a Qui-Gon.

Cogió el sable láser con un rápido movimiento. Ya hablaría más tarde con Eritha. Cortó un agujero limpio en el cristal y salió a la cornisa. Descendió hasta el suelo de su lado del muro empleando el lanzacables.

—¡Allí está!

Esquirlas del muro volaron al ser alcanzado por dis-paros láser a ambos lados de él. Qui-Gon alzó la mirada. Dos agentes de seguridad le apuntaban con sus armas.

—¡No se mueva! —gritó uno de ellos.

Qui-Gon corrió. Desvió los disparos mientras zigz gueaba por el corto pasaje que había entre el muro y edificio legislativo. Entonces saltó a lo alto del muro y franqueó.

Los peatones se apartaron al aterrizar él. Le miraron con curiosidad, pero igualó su paso al de la gente y cami-nó entre ella, acelerando los andares a medida que la gente se desinteresaba de él. Entró por una calle lateral y se movió entre los edificios que rodeaban la Legislatura. Finalmente, encontró un callejón desierto donde quitarse la túnica y el turbante. Ya debía de haber una descripción actualizada de su persona en el datapad de todos los agen-tes de seguridad. Le iría mejor mezclándose entre la gente llevando su capa de viajero.

Qui-Gon subió a un aerobús propulsado por repulso-res y no bajó hasta llegar al final de su recorrido. Decidió volver y visitar a Eritha al abrigo de la noche.

Balog siempre había ido un paso por delante de él. Decidió que esta vez sería él quien fuera delante.

Capítulo 11

La holocinta de Tahl actuando como un Absoluto había perjudicado mucho a los Jedi. La orden de arresto contra Qui-Gon había empeorado la situa-ción. Mace encontraba obstáculos cada vez que intentaba obtener información. Ya no bastaba con el respaldo de Manex.

Obi-Wan vio cómo la frustración tensaba los rasgos de Mace. Sabía que a Mace le preocupaba profundamen-te que Qui-Gon no hubiera aparecido para limpiar su nombre. Él también se preguntaba qué estaría pensando su Maestro. En los escasos momentos de reposo, lo buscaba con la Fuerza, intentando conectar desesperadamente con él. A veces le parecía sentir a Qui-Gon, pero no de forma clara y potente, sino de un modo turbio y gris. Sabía que su intento de llegar a su Maestro con la Fuerza no funcionaría. No conectarían. En Qui-Gon había dema-siadas emociones sin resolver, demasiadas cosas que intentaba ocultar.

—Necesitas descansar —dijo Mace al cabo de un largo e infructuoso día—. Los dos lo necesitáis.

Pero ni Bant ni Obi-Wan querían retirarse a sus apo-sentos. Se sentaron en la sala privada de Manex. Siendo el verde el color favorito de Manex, y en vista de su afición a darse el gusto en todo, cada cojín y cada zona para sentarse era de un tono diferente de ese color. Los suelos eran de piedra negra muy pulida. Tanto color brillante casi mareó a Obi-Wan cuando se sentó en el centro de la sala, pero Manex insistió en cederles su sala favorita, y no les pareció correcto rechazarla.

Manex había vuelto de la Legislatura sólo momentos después que los Jedi. Corrió a la sala con los rizos agi-tándose y aspecto alterado.

—Vieron a Qui-Gon en la Legislatura. Tuvo lugar un tiroteo con láser.

Obi-Wan sintió que un silencioso grito de protesta se elevaba dentro de él. No soportaría que ahora le pasara algo a Qui-Gon. Su cuerpo se volvió gélido al instante. Bant se acercó a él y le tocó con el hombro.

Mace se levantó.

—¿Qué ha sucedido?

—Escapó, por supuesto.

Obi-Wan lanzó un largo suspiro. Qui-Gon estaba a salvo. Sintió que Bant se relajaba una fracción, y notó que le miraba con alivio.

Manex se secó la frente con un pañuelo dorado pálido.

—Menudo día. Debo deciros que intentan reclutarme ara que me presente a las elecciones. No es un trabajo que desee, pero me lo estoy pensando. Quizá ya sea hora de que me implique. Siempre consideré que el héroe, el servidor del público, era mi hermano. Siempre dije que yo estaba aquí para ganar dinero —Manex se metió el pañuelo en el bolsillo—. Igual he acabado siendo como soy porque mi hermano era así de noble. Ya no estoy seguro de cuál es mi papel. Igual ha llegado el momento de abandonar mis principios de autoprotección. —¿Qué pasa con Alani? —preguntó Obi-Wan—. ¿No te costará mucho enfrentarte a ella?

Manex no conocía la relación de Alani con los Abso-lutos. Sentía mucho afecto por las gemelas.

Manex titubeó.

—Tengo que pensar en lo que le conviene a Nuevo Ápsolon. Y me he dado cuenta de algo. No se podrá formar un Gobierno sólido, conmigo o con otro líder, si no descu-brimos antes a Balog y a los Absolutos. Tengo un plan.

Obi-Wan intentó no parecer desconfiado. No podía imaginar qué clase de plan podía concebir Manex.

—Actuaré de señuelo. Correré la voz de que tengo en mi poder la lista de informadores secretos.

Mace negó con la cabeza.

—No, es demasiado peligroso. ¿Te das cuenta de lo que le pasó a las dos últimas personas que afirmaron tenerla?

—Han muerto, sí. Me doy mucha cuenta de ello. —Manex se agarró las manos—. Intento no pensar en ello. Y la verdad es que no podéis decirme que no, porque ya he difundido el rumor.

Obi-Wan notó cómo miraba Bant las caras de los dos hombres. Normalmente no hablaba en las reuniones, pero era la

oyente más atenta que había visto. Podía aprender mucho de su quietud, pensó de pronto.

—Eso podría no ser inteligente —dijo Mace, frun-ciendo el ceño.

—A mí me lo dices —bufó Manex—. Yo no soy un hombre valiente, pero espero que no me pasara nada si tengo protección Jedi. Si conseguimos que Balog se des-cubra, podremos vencerlo. ¿No quieres limpiar el nombre de Qui-Gon?

—Por supuesto. Pero no tengo claro que ésta sea la forma de hacerlo.

—Es la única manera —insistió Manex—. Sabes que lo es.

La mirada de Obi-Wan fue de Manex a Mace. Por supuesto, sabía que Mace estaba obligado a proteger a Manex. Había sido un gesto imprudente por parte de vfanex, pero no le habían pedido opinión a Obi-Wan. Ahora tendrían que hacer de canguros de Manex con la speranza de que apareciera Balog. ¿Era eso lo que que-ría Manex? ¿Quería mantener ocupados a los Jedi hasta nue pudiera consolidar su poder? Igual estaba aliado con Balog.

Obi-Wan recordó que Qui-Gon había confiado en Manex. Había indicado amablemente que el hecho de que un hombre disfrutara de riquezas no lo convertía en un hombre malvado. Qui-Gon había visto algo agradable en la alegre búsqueda de su propio placer por parte de Manex.

—De acuerdo, te protegeremos —dijo Mace—. Pero nosotros daremos forma al plan.

***

Las luces de la casa seguían bajas, como correspondía a una casa en duelo. Manex estaba sentado ante una mesa, en su jardín, jugueteando con una taza de "el mejor jugo de todo Nuevo Ápsolon, ¿puedo ofrecer una copa a loss Jedi?". Los Jedi la habían rechazado mucho tiempo antes, y Manex apenas había sido capaz de comer o beber a su vez.

—Debes parecer relajado —le dijo Mace en voz baja.

—Lo intento —repuso Manex entre dientes.

Mace estaba tras una pantalla de arbustos. Obi-Wan, a unos metros de él. Bant estaba al otro lado del pequeño claro de hierba

sobre el que Manex había hecho poner piedra negra para obtener una zona donde sentarse.

Si iba a haber una emboscada, Mace quería tener mucho sitio para maniobrar. Había decidido que Manex cenaría fuera y que se quedara allí mientras los soles se ponían. Éste había jugueteado con la comida y ahora hacía un débil intento para sorber su jugo de una forma serena. Sólo consiguió derramárselo por la túnica.

Los soles se pusieron y la oscuridad aumentó. Sólo una pequeña luz en la mesa iluminaba la zona. Obi-Wan se mantuvo atento por si oía el sonido que hacían los robots sonda al acercarse. Estaba decidido a no permitir que Balog se les escapara entre los dedos. Una vez lo tuvieran, se haría justicia con Tahl. Y Qui-Gon volvería con ellos. Obi-Wan no lo admitiría nunca ante nadie, pero se sentiría mejor si quienes cogían a Balog eran ellos, y no Qui-Gon.

Mace había conectado su comunicador a los sistemas de seguridad de la casa. Debía de haber vibrado una aler-ta, porque se volvió hacia Obi-Wan.

—Se ha violado la seguridad en la parte Este —dijo.

—¿Qué? —preguntó Manex.

—Acércate a nosotros haciendo como que miras a las estrellan —ordenó Mace en voz baja.

Manex apartó la silla. Se levantó, aferrando todavía su taza, y simuló mirar al cielo. Obi-Wan sabía que Mace quería a Manex cerca de alguna protección por si pasaba algo. Había un muro de piedra bajo tras el que podrían empujarlo en unos segundos.

Obi-Wan sintió una oleada en la Fuerza y vio una sombra recorriendo el césped. Podía ser un ave nocturna o una nube cruzando ante la luna, pero no lo era.

Mace y él saltaron a la vez. Bant salió de su escondi-te en un movimiento lateral. Obi-Wan empujó a Manex detrás del muro cuando pasó por su lado. Tres sables láser se activaron cuando los Jedi avanzaron.

—Yo también me alegro de veros —dijo Qui-Gon saliendo a la luz.

—¡Maestro! —exclamó Obi-Wan.

Miró a Manex, que miraba a los tres Jedi desde detrás del muro.

—Veo que es una trampa. Y parece que quien ha caído en ella he sido yo, en vez de Balog.

—Qui-Gon —empezó a decir Mace con severidad—, ¿qué estás...?

Se interrumpió bruscamente. Qui-Gon y él miraron hacia la fachada de la casa. Obi-Wan necesitó un segundo más, pero también lo oyó. Segundos después, Obi-Wan veía a través de las cristaleras a las fuerzas de seguridad derribando la puerta de entrada, mientras el androide de protocolo de Manex agitaba los brazos en protesta.

Mace se apresuró a avanzar hacia ellos, dirigiéndose hacia Qui-Gon por encima del hombro.

—Te sugiero que busques otra salida.

Mace entró rápidamente en la casa, envolviéndose en sus ropajes. Oyeron la voz furiosa de un agente de seguridad.

—Sé que está aquí. ¡Tenemos pruebas! ¡Él compró la sonda robot que mató a la legisladora Pleni!

Qui-Gon estaba oculto por los elaborados arbustos del lugar. Dudó un momento, escuchando al oficial.

—Debes irte, Qui-Gon —le urgió Obi-Wan—. Yo voy contigo.

Qui-Gon titubeó y miró a Obi-Wan a los ojos. —No. Siento haberte causado preocupación, pada-wan, pero debo hacer esto a mi modo. —Pero... —empezó a decir Obi-Wan. Antes de que pudiera terminar sintió que sus palabras se perdían en el viento incluso antes de tener oportunidad de formularlas.

Qui-Gon se había convertido nuevamente en una sombra, moviéndose sobre la suave hierba verde y desapareciendo.

Capítulo 12

Qui-Gon corrió en la oscuridad, dando gracias por las lunas nuevas que hacían tan oscura la noche. Se desplazó de sombra en sombra sin hacer ruido. No redujo la marcha hasta que hubo una buena dis-tancia entre él y la residencia de Manex.

Estaba cansado, pero quería volver a correr. La única forma que tema de vaciar su mente era forzando su cuerpo. Ver a Mace había sido difícil. Ver a Obi-Wan había sido peor aún. Sabía que su lugar estaba con los Jedi, pero tenía que continuar solo. Sus emociones estaban demasiado desbocadas, demasiado a flor de piel. Se sentía demasiado expuesto al lado de los Jedi. Mace se daría cuenta de lo que le costaba mantener la serenidad. Incluso podría ordenar a Qui-Gon que volviera al Templo. Y eso no podía permitirlo.

La verdad era que temía el momento de volver al Templo y saber que los pasos de Tahl nunca volverían a levantar un eco en sus salones. El Templo ya no le daría la bienvenida del mismo modo. La pérdida sería tan parte de Templo como el refugio que brindaba.

Su ansia por coger a Balog luchaba con su temor por el futuro, cuando esta misión concluyera. Entonces ten dría que enfrentarse a su pena y mirar a los años vacíos que le esperaban. ¿Qué sería entonces de él?

Una brisa fría le provocó un escalofrío. El viento frío le secaaba el sudor. Vio una patrulla de seguridad delante de é1 v se metió rápidamente por una calleja lateral. Esa noche tampoco dormiría. Debería mantenerse alerta.

Todos los agentes de la ciudad estarían buscando a Qui-Gon Jinn.

Pero había descubierto algo. Le habían relacionado con el asesinato por las sondas robot. No entendía cómo sus sondas robot pudieron atacar a alguien, en vez de bus-car a Balog, que era para lo que estaban programadas. Se preguntó si las dos sondas que habían escapado cuando le atacaron junto al almacén habían sido las suyas. Le había extrañado que se marcharan de

pronto. ¿Significaba esc que también habían atacado a Oleg? Alguien las había reprogramado.

Necesitaba respuestas, y por una vez sabía dónde encontrarlas. Haría una visita a Mota, el vendedor del mercado negro al que había comprado las sondas robot. Si las habían reprogramado, Mota era el contacto que le dina quién lo había hecho. Y si esa persona era Balog tendría una forma de encontrarlo.

Qui-Gon dio media vuelta y miró calle abajo. El agente de seguridad ya no estaba. Echó a correr hasta entrar en el parque. Allí había más sitio donde esconderse en caso de ser visto. Y atajar por el parque le acercaría más aún al sector Obrero.

Qui-Gon sintió de pronto que había alguien tras él, siguiéndole los pasos e intentando moverse a su misma velocidad. Qui-Gon se fundió con los árboles. Trazó un arco y se situó tras su perseguidor. Vio un brillo dorado en la oscuridad. Era Eritha.

Avanzó a grandes zancadas y la cogió del brazo. Ella se sobresaltó, y entonces vio que era él. Estaba sin aliento, como si acabara de echar una carrera.

—Te sigo desde que saliste de casa de Manex—dijo ella—. O al menos lo he intentado. Te perdí y estaba dando vueltas cuando te vi entrar en el parque.

—¿Por qué me seguías?

Ella se apoyó en él, intentando recuperar el aliento. Tenía las trenzas deshechas y el rostro colorado.

—¿Tiene Manex la lista?

—No. ¿Me seguías por eso?

Eritha negó con la cabeza.

—Es que no podía esperar a que contactaras conmigo. Supuse que irías a casa de Manex. Tengo la información que necesitas. Le oí decir a Alani dónde está Balog. Puedo llevarte allí.

Capítulo 13

Los Jedi siguieron vigilando a Manex, que ahora se había retirado a descansar en su sala de recepción. Mace cubría la parte delantera de la residencia, mientras Bant cubría la de atrás. Obi-Wan estaba situado tras la curvada escalera. Desde allí tenía una buena visión de la puerta de la sala de recepción. Tenía la sensación de que la noche sería larga.

Aprovecha tu tiempo. Un día descubrirás que tienes demasiado poco.

Las palabras de Qui-Gon asomaron a su mente. Obi-Wan seguía dándole vueltas a lo que debió hacer cuando vio a su Maestro. El aura nublada que sintió rodeando a Qui-Gon le preocupaba profundamente. Era una confusión que le impedía conectar de verdad con él. Le había afectado mucho. Puede que hasta el punto de impedirle actuar con más rapidez. ¿Debería haber seguido a Qui-Gon, irse Con él, dijera lo que dijera? Aprovecha tu tiempo... Obi-Wan no creía poder hacerlo. Tenía la mente demasiado confusa.

Es el momento en el que más necesitarás la disciplina. Para eso sirve tu entrenamiento.

Muy bien. Pues acallaría la voz de Qui-Gon en su mente obedeciéndola.

Aunque estaba cansado, aunque sentía que había repasado los acontecimientos de días pasados demasiadas veces para poder contarlas, Obi-Wan se concentró y volvio a hacerlo. Repasó todos los acontecimientos desde que Qui-Gon y él pisaron Nuevo Ápsolon. Repasó mentalmente lo sucedido, buscando inconsistencias. Meditó todas las preguntas sin respuesta y todas las respuestas posibles.

Irina había jurado que no fue ella la que les disparó el primer día. Nunca habían descubierto con seguridad quién fue. ¿Balog? En aquel momento aún no eran una amenaza para él, ¿o sí?

¿Había sido una casualidad que los de seguridad se presentaran donde Mota cuando ellos compraban las sondas robot? Ahora le parecía probable que Alani les hubiera hablado de Mota para poder pillarlos allí. Podría haber sido ella quien

alertase a seguridad de que los Jedi esta-ban comprando mercancía ilegal.

Las sondas robot debieron de ser reprogramadas para atacar a Pleni.

Obi-Wan apartó esas dudas. No creía que le conduje-ran a Balog. Si tan sólo las respuestas estuvieran claras. Si pudieran tener alguna pista sólida. Si tan sólo Eritha les hubiera proporcionado alguna información sobre Balog. Llevaba más de dos días al lado de su hermana. Ya debía de saber algo.

¿Le costaría mucho a Eritha traicionar a su hermana.

Pero ella ya había dado un paso que no podía deshacer. Tras descubrir que su hermana estaba detrás del secuestro de Tahl, había acudido a decírselo a Qui-Gon y Obi-Wan. Había arriesgado mucho haciéndolo. Podría haber perdido fácilmente la vida en la cueva. Obi-Wan recordaba lo asustada que estuvo Eritha cuando se deton-ron los explosivos y la cueva se derrumbó. Admiraba cómo había seguido adelante a pesar de su miedo. Aún la recordaba gritando: "¡Me abandonaron! ¡Se olvidaron de mí!".

Obi-Wan se concentró un momento. Hubo algo en la forma en que Eritha había dicho eso que ahora le preocu-paba. ¿Qué había sido? La emoción que la movía era ligeramente diferente a la que él se había esperado.

Asombrada. Había sonado asombrada. Y traicionada.

"¡Se olvidaron de mí!"

Como si no debieran hacerlo, como si ella fuese alguien privilegiado, pese a ser una prisionera.

Si es que era una prisionera...

¿Y por qué se dirigía hacia el fondo de la cueva?

Vale, el humo era muy espeso cerca de la entrada, pero, ¿no debía haber intentado atravesarlo?

Se dirigía a la otra salida situada al fondo de la cueva, se dio cuenta Obi-Wan. Pero, ¿cómo conocía su existencia? Aún no la habían encontrado cuando capturaron a Eritha. No tenía forma de saber lo profunda que era la cueva.

Más despacio, se reconvino Obi-Wan. Podía haber otra explicación para lo sucedido. Eritha estaba asustada. Reaccionaba, no pensaba.

Pero, puesto que la sospecha se había alojado en su mente en ese momento, repasó la conducta de Eritha durante todo el tiempo que pasaron juntos. Se concentró rememorándolo todo momento a momento, tan fresco como si hubiera pasado esa misma mañana.

Eritha había parecido sincera cuando los alcanzó. Poco después fueron atacados por los Obreros Mineros. Eritha había estado sinceramente sorprendida y asustada por el ataque, Obi-Wan estaba seguro de eso. Cuando Qui-Gon le dijo que se mantuviera detrás de ellos, ella se mostro de acuerdo.

Entonces, ¿por qué había corrido hacia delante cuan-do apareció la sonda robot? Les había obligado a protegerla. Debido a ello, Obi Wan se había herido en un pierna y la sonda robot había quedado destruida. ¿Sería un método desesperado para destruir su única forma de encontrar a Balog?

¿Y qué pasaba con el ataque al centro Minero? Qui Gon le había dicho que había hablado con Eritha antes del alba. Había ido a reaprovisionar los deslizadores. O eso había dicho ella. Pero, ¿y si se preparaba para irse? Si Alani y ella habían conspirado juntas contra los Jedi lo habían hecho bien. Qui-Gon y Obi-Wan se habían queda-do sin sonda robot, sin manera de encontrar a Balog Eritha no sabía que Obi-Wan ya estaba mejor de la pierna y podía viajar. Debió de suponer que Qui-Gon se quedaría en el centro con él.

Igual pensaba marcharse porque estaba al tanto del ataque.

¿Sería eso posible? Obi-Wan se preguntó si Eritha no les habría engañado haciéndoles creer que la hermana buena era ella. ¿No sería que las dos hermanas deseaban el poder?

Había una última cosa. Cuando Obi-Wan y Eritha volvieron a Nuevo Ápsolon, ésta se enfureció porque Manex ofreciera su propio equipo médico para atender a Tahl. Obi-Wan lo había visto en sus ojos. Había creído que era porque ella sentía su misma desconfianza hacia Manex y le preocupaba la salud de Tahl. Pero, ¿y si era al revés? ¿Y si no quería que Tahl se recuperara?

¿Y si él había estado sospechando de quien no debía? ¿Y si Manex era bueno y Eritha mala? Nunca había seado más la presencia de Qui-Gon.

Cuando Manex les contó su decisión de presentarse al cargo, Obi-Wan había mencionado a Alani. ¿Por qué había titubeado

Manex? ¿Había algún motivo para que se presentara contra la hija de Ewane?

Obi-Wan se frotó los ojos. Le estaba afectando la falta de sueño y descanso. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza. No sabía si estaba construyendo un caso contra Eritha sin pruebas, o si debía seguir por esa línea. Para empezar, ¿por qué iban a solicitar las gemelas la ayuda de Tahl, si siempre habían planeado apoderarse del poder? No tenía sentido.

Obi-Wan sabía que su mente no descansaría hasta que no tuviera alguna respuesta. Se acercó a la puerta de la sala de recepción de Manex y pulsó la luz indicadora que alertaría a Manex de que tenía visita.

Segundos después, la puerta se abría con un siseo.

—¿Es Balog? —susurró Manex desde la oscuridad.

—No. Necesito hacerte unas preguntas —dijo Obi-Wan, entrando.

Manex conectó una luz situada junto a su colchón de dormir. Posó los pies en el suelo y se frotó los ojos.

—Estoy a su servicio.

—¿Por qué insististe en llamar a tu propio equipo médico para atender a Tahl? —dijo bruscamente Obi-Wan—. El equipo del Gobernador Supremo debe de ser igual de bueno.

—El mío es mejor. ¿No recuerdas que tengo lo mejor de todo? —intentó decirlo con tono alegre, pero le salió falso.

¿Hay alguna razón para que no confíes en Alani y Eritna? Si es así, debes decirme la verdad. Si tienes una sospecha, debes manifestarla.

Manex apartó la vista un momento, pensando.

—No tengo pruebas —dijo despacio—. No me pareció justo decir nada sin tener alguna prueba. Esas chicas

Pasado por tantas cosas. Primero al morir sus padres, y luego al morir su protector. Al principio creí que estaba loco por sospechar de ellas.

—¿Sospechar de ellas de qué?

—De trabajar con los Absolutos. Es una acusación terrible para las hijas de un héroe Obrero. Por eso me presento a Gobernador Supremo contra Alani. No puedo ver cómo el Gobierno vuelve a caer en manos de los corruptos.

—¿Qué te hizo sospechar de ellas? ¿Estás seguro de que es cosa de las dos?

—Alani no hace nada sin Eritha. Y Eritha no actúa sin Alani. Ya he dicho que no tengo pruebas. Sólo alguna conversación oída a medias. Momentos desprevenidos. Cómo se comunican entre sí. Sentí falsedad en sus lágrimas por Roan. Y hoy, cuando supe que Qui-Gon había estado en la Legislatura Unida, también descubrí que había estado con Eritha justo antes de que la escuadra de seguridad fuera a por él.

—¿Crees que lo delató ella?

—No lo sé —dijo Manex, abriendo las manos—. Lo siento. No es mucho con lo que trabajar. ¿Ves por qué no quería decir nada? No sé nada con seguridad. Es todo por instinto.

—Yo creo en el instinto —dijo Obi-Wan, y se dirigió a la puerta.

Salió por la puerta de atrás. No quería encontrarse con Mace. Bant salió de entre las sombras cuando corría por el césped.

—Obi-Wan, ¿adonde vas?

—Di a Mace que necesito hablar con Eritha —res-pondió él.

—¿No puede esperar? —preguntó Bant, frunciendo el ceño.

—No. No puede esperarle. Ya te lo explicare luego.

Di a Mace que me he ido.

Obi-Wan no creía que Balog atacase esa noche a

Manex, pero sabía que Mace y Bant podrían ocuparse de él si lo hacía. Le preocupaba más Qui-Gon, que aún con-fiaba en Eritha.

La residencia del Gobernador Supremo estaba cerca. Rodeó el edificio para entrar por detrás. Si recordaba correctamente la disposición del lugar, el cuarto de Eritha estaba en la parte de atrás. No tenía motivos para pensar que Obi-Wan sospechaba de ella. Se reuniría con él fuera y la interrogaría. Si tenía la menor sensación de que sus dudas sobre ella eran correctas, pediría a Mace que le dejase buscar a Qui-Gon.

Cuando llegó a la parte de atrás, vio que había alguien caminando por el césped en sombras. Al principio no supo cuál de las gemelas era, pero al acercarse supo con seguridad que era Alani. Las dos chicas eran casi idénticas. Podrían engañar a los demás, pero no a él.

—Buenas noches, Alani —dijo.

—Veo que tú tampoco puedes dormir —repuso Alani—. Mañana será un gran día. Van a presentar mi nombre al pueblo para que lo voten. Cumpliré con'el lega-do de mi padre.

Obi-Wan decidió arriesgarse. No llegaría a ninguna parte jugando con Alani.

—¿El legado de tu padre? Si Ewane nunca se alió a los Absolutos. Ellos lo encerraron y torturaron. Me pare-ce que has cambiado su legado.

Por un momento, Alani pareció sorprendida. Gonces forzó una risa.

—Estás de broma.

No. Estoy discutiendo tu aseveración —Obi-Wan dio otro paso hacia ella—. Creo que no te pareces en nada a tu Padre.

Alani retrocedió un paso involuntariamente. Entonces hizo acopio de valor y alzó la barbilla.

—Da igual lo que pienses. Eritha me dijo que no tenía nada que temer de los Jedi. Tu amigo está persiguiendo al aire. Pronto estarás demasiado ocupado intentando sacar-lo de la cárcel. Y yo gobernaré Nuevo Ápsolon.

—¿Tan segura estás de ti misma? ¿Tan segura de que no te descubrirán?

—Ya no es posible que me descubran. Los Jedi no tienen pruebas de nada. El pueblo de Nuevo Ápsolon me quiere. Eritha tenía razón.

—Así que Eritha es tu aliada.

—Es mi hermana y protectora. Es parte de mí. Me dijo que era más lista que los Jedi, y tenía razón. Me dijo que no me preocupara. Que yo podría gobernar Nuevo Ápsolon con ella a mi lado. A Eritha no le gustan las luces de candilejas, pero quiere el poder. A mí me gusta que la gente me rodee y quiera hablar conmigo. Así que yo gobernaré, y ella me dirá lo que debo hacer, como siem-pre ha hecho. Me dijo que se ocuparía de Qui-Gon, y eso está haciendo. Ha sido tan sencillo que hasta un niño podría haberlo hecho. Y ya no somos niñas. Nunca tuvi-mos una infancia. Nuestra madre murió. Nuestro padre fue encarcelado. Luego se convirtió en gobernador y dejamos de verlo. Así que

tomamos lo único que nos dejo, su buen nombre, e hicimos con él algo en nuestro beneficio. Es lo que dice Eritha.

Tenía que mantenerla hablando. Se daba cuenta de que Alani no era tan lista como Eritha.

—¿Y qué pasa con Tahl? —preguntó, ignorando la oleada de ira que le hizo tambalearse al mencionar su nombre. La ira fluiría por él y pasaría—. Fue buena con vosotras y la traicionasteis.

—Nos fue útil —dijo Alani, sonrojándose por un momento—. No creí que fuera a morir. Pero Eritha dice que así sigue siéndonos útil. Debido a Tahl, Qui-Gon confía en Eritna sin dudarlo. Irá con ella adonde ella quiera, incluso a la central de Seguridad Mundial. Así es de lista mi hermana. Hoy, en la Legislatura, puso un rastreador a Qui-Gon. Sabemos dónde está en todo momento. ¡Lo conducirá a la central de Seguridad y él la seguirá! Y no importa si consigue escapar, ya que lo encontrarán de todos modos. ¿A que es un plan astuto?

No necesitaba nada más. Obi-Wan dio media vuelta y echó a correr, sin decir nada.

—¡Llegas tarde, Obi-Wan! —gritó Alani tras él—. ¡Como llegaste tarde para salvar a Tahl!

Capítulo 14

Obi-Wan corrió por el ancho bulevar en dirección a los edificios del Gobierno. Esperaba fervientemente no llegar demasiado tarde.

Ante él se alzaba el edificio gris y plano de la central de Seguridad Mundial. A un lado había un gran cerco con aerodeslizadores y barredores aparcados. Al otro lado había un muro de piedra que separaba el aparcamiento de la calle.

—¡Qui-Gon! —gritó.

Qui-Gon se volvió y le vio. Eritha le tocó el brazo, obviamente urgiéndole a ignorar a Obi-Wan y a entrar en el edificio. Obi-Wan aceleró, buscó en la Fuerza y salto.

Cuando estaba en lo alto de la curva del salto, se abrieron las puertas de la central de Seguridad. Guardias y androides de combate se derramaron por las escaleras

La Fuerza debió de prevenir a Qui-Gon, pues antes de que Obi-Wan tocara el suelo a su lado ya tenía el sable láser activado y en la mano. Qui-Gon apartó a Eritha del peligro con una mano y saltó hacia delante para cubrirla

Para entonces, Obi-Wan ya estaba lo bastante cerca, como para hablar con Qui-Gon.

—A ella no le harán daño. Te ha traicionado —dijo, situándose al lado de su Maestro.

Qui-Gon no reaccionó. Mantuvo la mirada fija en los guardias y en los androides que rodaron hasta ponerse en formación.

—Debemos acabar con los androides —le dijo Qui-Gon—. No hagas nada a los agentes. Estoy reclamado.

Sólo hacen su trabajo. Nos iremos en cuanto caiga el último androide. ¿Qué me dices si tomamos la iniciativa?

Qui-Gon y Obi-Wan saltaron juntos en un solo movimiento. Los androides empezaron a salpicarlos con disparos láser. Los agentes de seguridad no se movieron de detrás de sus escudos de duraimpacto, esperando a que los androides hicieran su trabajo.

Los sables láser de los Jedi se movieron en equipo, bloqueando disparos y devolviéndolos contra los androides. Los

agentes de seguridad se agacharon tras sus escudos ante el inesperado regreso de los disparos.

Los androides se abrieron en una maniobra en abanico. Los Jedi se separaron. Obi-Wan a la izquierda, Qui-Gon a la derecha. Se abrieron paso uno a uno por la línea.

Al principio, los agentes se mantuvieron tras los escudos. Pero a medida que disminuía el combate, y el fuego de láser escaseaba, se atrevieron a intervenir. Algunos sacaron las pistolas láser y dispararon.

—¡Ahora, padawan! —gritó Qui-Gon, desviando los disparos.

Los dos Jedi saltaron sobre una línea de vehículos de Seguridad que, una fracción de segundo más tarde, fueron destrozados por disparos láser. Otro salto más y aterrizaron al otro lado del muro del aparcamiento. Obi-Wan tuvo el tiempo justo de ver la expresión de rabia en el rostro de Eritha cuando se pusieron a salvo. Eso le dijo todo lo que necesitaba saber.

Se internaron en la oscuridad del parque. Obi-Wan oyó el lejano sonido de un aeroexplorador al arrancar.

—Maestro, Eritha te puso un rastreador —dijo Obi-Wan—. Hoy, en la Legislatura.

—Cuando me abrazó —dijo Qui-Gon.

Se palpó cuidadosamente piel y vestiduras mientras corría. Encontró el aparato en la parte trasera de su cintu ron de utilidades. Lo arrojó a la oscuridad, y ambos corrieron en dirección contraria.

Los brillantes focos del aeroexplorador barrieron el parque, pero fueron tras el localizador. Oyeron a los agentes de seguridad moviéndose entre los árboles. Los atacantes seguirían el rastreador por un tiempo.

Los Jedi se refugiaron en árboles gigantes cuyas hojas ofrecían cierto grado de protección. Estaban plantados tan cerca unos de otros que hasta los barredores habrían tenido problemas para maniobrar entre ellos.

Qui-Gon corría en zigzag por el parque, seguido por Obi-Wan, agachándose cada vez que veía luces sobre ellos y moviéndose a continuación. Obi-Wan notó que parecía conocer bien el parque. Pronto estuvieron al otro extremo. Saltaron el

muro y corrieron por las calles oscu-ras. Al cabo de unas manzanas reconoció la parte en la que estaba. Qui-Gon les había llevado al sector Obrero.

Pararon para recuperar el aliento a la sombra de un callejón situado entre dos altos edificios.

—Gracias, padawan —dijo Qui-Gon—. No creí necesitar ayuda. Y es obvio que sí la necesitaba. ¿Corno supiste que Eritha me traicionaría?

—Por instinto. Alani me lo confirmó. No temen a nada, y menos a los Jedi. Alani dijo que ya no temían ser descubiertas.

—Eso significa que tiene la lista —musito Qui Gon—. Así que podemos dejar de buscarla.

—Alani dio la impresión de que Balog no es el asesino sino de Oleg y Pleni. Dijo que estabas persiguiendo aire

—Pero le vi justo antes de que mataran a Oleg.

—Igual no iba a por Oleg, sino a por ti —señaló

Obi-Wan.

—Eso es posible —dijo Qui-Gon despacio.

—¿Adonde vamos ahora?

Esperaba que su Maestro le dejara seguir a su lado. Ya había decidido que si le ordenaba volver con Mace, se negaría.

—A ver a Mota —dijo Qui-Gon—. Él tiene la clave.

***

Qui-Gon activó el llamador láser para indicar a Mota que tenía visita. Pareció transcurrir un largo tiempo antes de que la puerta se abriera. Mota apareció en el umbral.

—Está cerrado —dijo—. Hasta yo necesito descansar. Volved mañana.

Qui-Gon alzó una mano y empleó la Fuerza para mantener la puerta abierta. Mota miró a la puerta, luego a Qui-Gon, y se encogió de hombros.

—Por otra parte, ¿por qué rechazar un negocio?

Se volvió y desapareció en el almacén.

Los Jedi lo siguieron. Conocían el camino por la rampa hasta los pisos inferiores en que Mota guardaba sus Mercancías para el mercado negro.

Mota les esperaba allí. En vez del unimono de Obrero que llevaba para atender al público, vestía una túnica de dormir y llevaba las blancas piernas embutidas en unas zapatillas abiertas.

—¿Qué será esta vez, Jedi? ¿Otra sonda robot? ¿Has perdido otra? Tienes la peor suerte que he visto nunca. Queremos información —dijo Qui-Gon.

Mota le miró fijamente.

—La información también tiene un precio.

Obi-Wan vio la frustración que bullía en su Maestro. Nunca antes le había visto tan furioso.

—El precio será que no destroce hasta el último artí-culo de este almacén —dijo Qui-Gon, avanzando un paso hacia Mota.

De pronto, el hombre vestido con su camisón pareció muy frágil al lado del tamaño y la fuerza de Qui-Gon.

—Va... vamos, calma, que somos amigos —tarta-mudeó.

—¡No soy tu amigo y no he venido a calmarme! —tronó Qui-Gon—. He venido a saber por qué han reprogramado a mis sondas robot. Y tú tienes la respuesta a eso.

Mota retrocedió hasta poner una mesa entre Qui-Gon y él.

—No sé lo que quieres decir.

Obi-Wan habló con rapidez, buscando conceder a Qui-Gon un momento para controlar su ira. Si podía con-trolarla. Obi-Wan estaba cada vez más preocupado. Este Qui-Gon no era el que conocía. Siempre había controlado sus sentimientos. Cuando le invadía la ira, era en forma de relampagueantes fogonazos que daban paso a la serenidad.

—Sabemos que reprogramaron las sondas robot, Mota —dijo Obi-Wan con tono calmado—. Nunca fueron tras Balog. En vez de eso atacaron a otros dos seres. La cuestión es si lo hiciste tú.

Mota tragó saliva.

—No fui yo —dijo con rapidez—. No sé quién fue. Alguien entró en mis archivos. Tengo un sistema de alar-ma en ellos, así que me enteré la siguiente vez que acce-di a ellos.

—¿Cuándo fue? —preguntó Qui-Gon.

—Unas horas después de que os fuerais —dijo Mota—. No sé cómo lo hicieron. Ni quién. Hoy en día no se puede confiar en nadie.

—¿Cómo supieron las fuerzas de seguridad que Qui-Gon había comprado esas sondas? —preguntó Obi-Wan.

—Me lo preguntaron —dijo Mota con una vocecilla—. Todas mis sondas están codificadas. Siguieron el rastro de las sondas hasta mí. Les dije que las había com-prado el Jedi Qui-Gon. Tuve que decirles la verdad. No querrías que me metieran en la cárcel, ¿verdad?

Mota intentó sonreír. Qui-Gon lo miró fijamente, haciéndolo retroceder aún más.

—Ah, igual debí mencionar a los agentes que sospe-chaba que habían reprogramado las sondas. Pero cuando se habla con los de seguridad es mejor no responder a pre-guntas que no te hacen. Podrían haber registrado todos mis archivos y no habría podido proteger a mis clientes. Y habría perdido el negocio. Nadie quiere eso. Por ejemplo, si tú quisieras otra sonda robot...

—Queremos acceder a tus ordenadores —dijo brus-camente Obi-Wan—. Ahora mismo.

—Por supuesto, es todo tuyo —repuso Mora, seña-lando apresuradamente a su pantalla—. Pero no borres mis beneficios, je, je.

Qui-Gon empezó a teclear y a acceder a los archivos.

—¿Intentaste rastrear la entrada?

—No —admitió Mota—. No soy tan experto. Sólo sé controlar mi inventario y mi dinero.

Qui-Gon continuó examinando los archivos de Mota con rapidez asombrosa. Obi-Wan sabía que no se le esta-ba pasando nada por alto. Podía ver en la cara de su Maestro su grado de concentración.

Qui-Gon tecleó un modo de búsqueda que Obi-Wan no reconoció. Al cabo de unos segundos obtuvo una respuesta.

—¿Reconoces este código? —preguntó, señalando la Pantalla.

Mota se inclinó más.

—Es una dirección de datos de los Obreros. Ya la tengo en mis archivos.

—¿Quién la utiliza? —preguntó Qui-Gon.

El rostro de Mota estaba teñido de azul por el brillo de la pantalla.

—Irini y Lenz —dijo.

Capítulo 15

Obi-Wan corrió tras Qui-Gon. Su Maestro se había movido con tanta rapidez que no le había dado tiempo de pensar o decidir en qué dirección debían ir. Esperaba que se hubiera dirigido a la rampa que conducía a la calle, pero en vez de eso bajó al piso inferior. Quería un transporte rápido.

—¡Abre las puertas del hangar! -gritó Qui-Gon a Mota mientras corría.

La inquietud atronaba en cada latido de su corazón mientras corría tras su Maestro. Nunca le había visto así. Apenas parecía notar lo que le rodeaba o la presencia de Obi-Wan. Toda su voluntad estaba concentrada en su objetivo.

A Obi-Wan le preocupaba cuál sería su objetivo. ¿Era la justicia... o la venganza?

Cuando llegaron al nivel inferior, la puerta situada al final del almacén estaba abierta. Qui-Gon saltó en un aerodeslizador. Obi-Wan apenas tuvo tiempo de subirse al asiento del pasajero cuando Qui-Gon puso en marcha los motores y salió disparado por el túnel.

Los motores iban casi a plena potencia, a demasiada velocidad para maniobrar en el túnel. Obi-Wan pudo ver que las puertas al final del túnel aún no se habían abierto. Aun así, Qui-Gon no redujo la velocidad.

Obi-Wan le miró fijamente. Su Maestro no sólo esta-ba forzando su suerte, sino que estaba siendo completa-mente imprudente.

—¡Maestro!

El rostro de Qui-Gon parecía tallado en la piedra gris de Nuevo Ápsolon. Sus labios formaban una fina línea Sus manos permanecían firmes a los controles. No pare-cía oír a Obi-Wan.

Una grieta de luz grisácea apareció ante ellos. Se ensanchó. Las puertas se estaban abriendo, pero demasia-do despacio para la comodidad de Obi-Wan.

—¡Agárrate! —avisó Qui-Gon.

Obi-Wan tuvo el tiempo justo de agarrarse con fuer-za antes de que Qui-Gon volteara lateralmente el aero-deslizador. Cruzó la

abertura sin reducir la velocidad, con apenas centímetros de margen. Se internaron en la noche oscura.

Obi-Wan volvió a ponerse bien en el asiento, inten-tando calmar su agitada respiración. Qui-Gon parecía a punto de perder el control. No parecía haber nada que Obi-Wan pudiera hacer o decir para que redujera la velo-cidad. Intentó anular su propio pánico. Debía confiar en su Maestro.

Pero, por primera vez en su larga asociación, no creía poder hacerlo. Darse cuenta de ello hizo que el miedo le atenazara la garganta.

Qui-Gon pilotó con habilidad la nave por las calles desiertas. Paró ante el escondrijo de Lenz y subió las escaleras. Llamó con fuerza en la puerta de Lenz. Se oyó el crujido de los maderos del suelo.

—No cojas tu ruta de escape —le avisó Qui-Gon—. Te encontraríamos.

La puerta se abrió, y Lenz les miró, inseguro. Parecía más frágil de lo normal, con la piel pálida y reluciente.

—Es noche cerrada.

Qui-Gon abrió más la puerta, dando un portazo, y entró de una zancada.

—Tengo que hablar con Irini y contigo. Si no está aquí, llámala.

—Está aquí. Pero no puedes verla. Está enferma...

Qui-Gon le ignoró y abrió una puerta cerrada. Se paró en seco. Obi-Wan entró detrás de él. Irini yacía en un lecho, cubierta por una manta. Estaba tiritando y tenía el rostro brillante por el sudor.

—¿Qué es esto? ¿Qué le pasa? —preguntó Obi-Wan.

Lenz le apartó para arrodillarse junto a Irini.

—Un disparo de láser. No quiere ver a un médico.

Obi-Wan se acercó más.

—Necesita bacta.

—Lo sé —dijo Lenz.

—¿Quién ha sido? —preguntó Qui-Gon.

—Balog —dijo Irini con los dientes apretados—. Ahora tiene la lista.

—Así que siempre tuviste la lista —repuso Qui-Gon.

—No. Se la robé a la legisladora Pleni.

Obi-Wan miró a Qui-Gon. ¿Significaba eso que Irini había reprogramado a las sondas robot para atacar a la legisladora? ¿Era una asesina?

Ella notó la mirada que se cruzó entre ellos.

—Te... tenía que conseguir... esa lista —dijo con evi-dente dolor en la voz—. No quería que muriese nadie. Pero tampoco podía permitir que nadie se pusiera en mi camino.

—¿Y querías que me culparan a mí de ello? —pre-guntó Qui-Gon.

Ella negó con la cabeza.

—Eso fue una sorpresa para mí. Pero no podía des-cubrirme para limpiar tu nombre.

Qui-Gon se inclinó y examinó las heridas de Irini. La ira parecía haberle abandonado ante la visión de su esta-do. Necesitaba ayuda.

—Tus heridas no te matarán si te ve un médico Ya veo señales de infección.

—Es lo que le he dicho yo —repuso Lenz. Apartó el pelo húmedo de la frente de Irini—. Sigue negándo-se a ello.

—¿También enviaste a las sondas robot tras Oleg? —preguntó Obi-Wan.

Irini asintió.

—Yo iba tras él. Dije a Qui-Gon que quería proteger a Oleg, pero era mentira. Nos había traicionado. Necesitábamos la lista. Si tan sólo me la hubiera entrega-do... Si Pleni me la hubiera entregado... nada de esto habría pasado.

—¿Por qué? —preguntó Obi-Wan—. Dijiste haber renunciado a la violencia.

Irini apretó los labios y no contestó.

—Lo hizo por mí —dijo Lenz.

—Lenz... —empezó a decir Irini en tono de aviso.

—Esto ha ido muy lejos, Irini —el tono de Lenz esta-ba lleno de ternura—. Ya me has protegido demasiado. ¿Crees que también veré cómo mueres por mí? —se vol-vió hacia los Jedi—. Mi nombre también está en la lista.

—¿Fuiste un informador? —preguntó Qui-Gon.

—Lo torturaron —dijo Irini. Jadeó un poco y cerró los ojos de dolor—. Lo que le hicieron... Nadie tendría que pasar por eso.

—Eso no es una excusa —dijo Lenz con firmeza—. Se lo confesé a Irini, y ella me perdonó. Otros no lo ha-rían. Di información a los Absolutos...

Irini forcejeó por levantarse, pero el dolor la obligó a tumbarse.

—No se lo digas, Lenz —suplicó ella—. Es nuestro secreto. Puede seguir siendo nuestro secreto. Tu carrera es demasiado importante. Eres un gran líder...

—No —dijo Lenz con tristeza—. Ya no lo soy, si es que lo fui alguna vez. Los Obreros seguirán sin mí —se volvió hacia los Jedi—. Fue hace cinco años. Los Absolutos atacaron una reunión, mataron a dos Obreros y encerraron a los demás. A mí me dejaron marchar —miró a Irini con tristeza—. Ahora los dos tenemos dos muertes en nuestra conciencia, Irini.

Se levantó.

—Voy a llamar a un equipo médico —protestó Irini, pero Lenz siguió hablando con firmeza—. Balog tiene la lista. Ha ganado. Quitará su nombre de la lista y la saca-rá a la luz. Desacreditará a todos sus enemigos, yo inclui-do —Lenz miró con ternura a Irini—. En cuanto a mi Irini, prefiero tenerla viva y encarcelada a muerta.

Irini apartó la mirada para fijarla en la pared. Obi-Wan notó que sus hombros se agitaban por los sollozos.

Lenz se volvió hacia los Jedi.

—No sabía lo que había hecho Irini, y siento oír que te han culpado de sus crímenes. Ahora te debemos nues-tra ayuda más que nunca. Ya sabéis que Alani se presenta a Gobernador Supremo. Hace poco que descubrimos que pese a querer el apoyo Obrero, no lo necesita. Hay alguien más respaldándola, con recursos económicos que nosotros no tenemos. Eso nos ha hecho sospechar. Nuestro espía en la residencia del Gobernador Supremo me ha notificado esta noche que ha descubierto un túnel secreto que une la residencia con el Museo Absoluto. En los viejos tiempos lo utilizaban para transportar a los cap-turados en secreto hasta la central de los Absolutos. El museo está ahora cerrado. Es una conjetura, pero ¿no sería el lugar ideal para que se

escondieran Balog y los Absolutos? Las gemelas podrían hacerle ir y venir sin problemas hasta que eligieran a Alani.

Obi-Wan se dio cuenta de que eso tenía sentido. Sería como si Balog se escondiera en un lugar tan evidente que nadie lo buscaría allí, en el lugar donde han quedado registrados todos los males que los Absolutos han infligí-do a Nuevo Ápsolon.

La mirada en el rostro de su Maestro indicó a Obi-Wan que éste había llegado a la misma conclusión.

—Debemos ir esta misma noche —dijo Qui-Gon—. Mañana sería demasiado tarde.

Capítulo 16

Circularon a toda velocidad por las calles vacías y oscuras, rumbo al sector Civilizado. Obi-Wan sa-bía que Qui-Gon sentía que Balog estaba a su alcance. Y en ese momento daba todas las señales de ser un hombre dispuesto a vengarse.

Casi le daba miedo decirle algo. Así de intransigente era la mirada en el rostro de Qui-Gon. Los años pasados con su Maestro, la proximidad que habían compartido, todo ello pareció evaporarse en el aire de la noche. Era como un extraño para él.

Había supuesto que, si estaba con su Maestro, podría ayudarle a controlar sus sentimientos de ira y pena. Había pasado los últimos días sumido en el tormento, pensando que necesitaba estar al lado de Qui-Gon. Y ahora veía que su presencia no significaba nada para él. Su Maestro esta-ba perdido en su propia búsqueda. Si quería vengarse, no podría impedírselo. La voluntad de Qui-Gon combinada con su gran habilidad le impediría detenerlo. Mintió un escalofrío al pensarlo. Aun así, tendría que intentarlo.

Esa noche su Maestro podía caer en el Lado Oscuro. Lo imposible se había vuelto posible. Podía sentirlo en la oscura energía de la Fuerza que se revolvía y arremolinaba alrededor de Qui-Gon. Nunca se había sentido tan impotente.

Obi-Wan buscó su propia conexión con la Fuerza Decidió que, pasara lo que pasara, permanecería al lado de su Maestro. No podía perder la esperanza. Si hacía falta, lo protegería de sí mismo. No lo perdería ante esa noche oscura.

Qui-Gon aparcó ante la residencia del Gobernador Supremo.

—Maestro, deberíamos contactar con Mace Windu —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon saltó del aerodeslizador.

—Como quieras.

Obi-Wan activó su comunicador mientras saltaba del aerodeslizador y corría tras su Maestro. Habló apresurada-mente con Mace, contándole lo que habían descubierto.

—Esperadnos —dijo Mace—. Estamos cerca de allí.

—Demasiado tarde —repuso mientras Qui-Gon abría un agujero en la puerta de la residencia empleando el sable láser.

Apagó el comunicador y siguió a Qui-Gon por el agujero. Los sistemas de seguridad dieron la alarma, y un guardia de seguridad salió de la cabina. Miró al Jedi, pero no sacó el láser.

—Me ha llamado Lenz —dijo—. Ahora apagaré las alarmas. Ya he desconectado el enlace con Seguridad Mundial.

Qui-Gon asintió. Obi-Wan se alegró por esa pequeña suerte. El espía de los Obreros estaba de servicio. Las gemelas habrían oído el estrépito, claro, pero al menos no llegarían los refuerzos de seguridad. Sólo tendrían que lidiar con la seguridad normal de la residencia, al menos por un tiempo.

Lenz les había proporcionado los detalles necesarios para encontrar el túnel. Qui-Gon corrió hacia el final de la casa, con su padawan al lado. Sabían que la entrada esta-ba en una alacena de las cocinas.

Entraron en ella. Eritha les esperaba allí, apuntándo-les al pecho con dos pistolas láser.

—Tendréis que matarme para cruzar esa puerta —dijo. Parecía avejentada. Tenía el rostro pálido y los ojos bri-llantes. Sus cabellos dorados se derramaban por su espalda.

—Estoy dispuesto a hacer eso —dijo Qui-Gon.

Obi-Wan no miró a su Maestro. Esperaba que sólo fuera un farol. Qui-Gon no sabía lo cerca del precipicio que estaba. Ya no podía sentir a su Maestro. Entre ellos sólo había estática y todo un mundo gris.

—Crees que no te atacaré por ser una jovencita —dijo Qui-Gon—. Pero cuando tomaste el sendero del poder, asumiste las consecuencias de un adulto. Eres responsa-ble de la muerte de Tahl.

—¡Yo no soy responsable de eso! —chilló ella—. Mucha gente ha sobrevivido al contenedor de privación sensorial. ¿Por qué no iba a hacerlo ella? ¡Era una Jedi!

—Se pasó días encerrada allí —dijo Qui-Gon—. Mucho más tiempo que cualquier prisionero de los Absolutos.

Hablaba en tono inexpresivo, sin emociones. De algún modo había conseguido apartar tanto su pena de él, que ésta no se reflejaba en sus palabras. Eso preocupó a Obi-Wan más que su

previo despliegue de ira. ¿Signi-ficaba eso que Qui-Gon había aceptado la venganza y estaba dispuesto a llevarla a cabo?

—Yo no tenía nada contra Tahl —dijo Eritha—. Es una baja de guerra. La trajimos porque sabíamos que ven-dría. Todo estaba planeado desde el principio. Al princi-piocesitábamos una presencia Jedi que nos cubriera. Con apoyo Jedi, el resto sería sencillo. Balog nos secuestraría y Roan dimitiría. Alani se presentaría a su puesto. Entonces nos enteramos de la existencia de la lista. Balog estaba en ella. Sabíamos que la tenía Roan v que pensaba delatar a Balog, aunque fuera su amigo. No quería delatarlo, pero lo haría. Y todo el mundo sabría entonces que Balog había sido un Absoluto. ¡Eso nos habría estropeado los planes! Teníamos que conseguir esa lista. Creímos que Balog, al ser el jefe de Seguridad Mundial nos ayudaría a conseguirla, pero no fue así. Le pasó la información a los Absolutos, y alguien robó la lista. Pero en vez de entregársela a Balog, se la quedó para venderla. No sabíamos quién había sido.

—Oleg —dijo Obi-Wan.

Quería que Eritha siguiera hablando. Le preocupaba la forma en que la urgencia de Qui-Gon se había trocado en una calma letal. Podía sentir con la Fuerza que no había serenidad en esa calma. Qui-Gon miraba a Eritha como si fuera un obstáculo, no una persona.

—Sí. Menuda suerte, el Absoluto que tenía la lista resultaba ser un espía Obrero. Pero entonces sólo sabía-mos que la tenía alguien. Necesitábamos ayuda, más ayuda de la que podía proporcionar Balog. Necesitába-mos a alguien con valor y cerebro, y tuvimos suerte de que Tahl ya estuviera en camino. Sabía que podíamos hacer que nos ayudara sin que ella se diera cuenta. Era así de generosa. Haría lo que le pidiéramos. Seguía conside-rándonos unas niñas indefensas sin madre y sin un padre de verdad.

Qui-Gon cerró los ojos.

—La dejamos creer que la idea de infiltrarse en los Absolutos había sido suya. Sabíamos que se enteraría de lo de la lista y que intentaría conseguírnosla.

—Confiaba en vosotras —dijo Obi-Wan.

Eritha se encogió de hombros.

—Todo el mundo confía en nosotras. Esa es nuestra ventaja. Somos las hijas del gran héroe Ewane. El gran héroe que apenas pasó un día entero con sus hijas y que se las entregó a unos extraños para que las criaran. El gran héroe que sólo pensaba en su planeta, y no en su carne y su sangre —los labios de Eritha se fruncieron—. ¿Por qué no utilizar esa confianza? Tahl hizo todo lo que le pedimos y algo más. Cuando la vimos escapar con Oleg, creímos que tenía la lista. Pero no nos la entregó, así que debíamos quitársela. Todo era muy lógico. Si Tahl nos hubiera dicho la verdad, que no tenía la lista, ahora no estaría muerta.

—Balog la habría matado de todos modos —dijo Obi-Wan.

—Eso no lo sabes —repuso Eritha hábilmente—. Igual la hubiera dejado libre.

—Estás mintiendo —dijo Qui-Gon sin expresión.

—Es posible —Obi-Wan estaba pasmado ante la crueldad que veía en los ojos de Eritha; eran como los de una criatura que jugueteaba con otra más pequeña antes de devorarla—. Eso no lo sabrás nunca. Puede que la culpa de que Tahl muriese fuera tuya, Qui-Gon.

Obi-Wan vio cómo el color abandonaba el rostro de su Maestro. Vio que su mano se movía hacia su sable láser. Obi-Wan no pudo esperar por más tiempo. Se lanzó contra Eritha, que miraba fijamente a Qui-Gon, provo-cándolo.

La hizo soltar la pistola láser de una patada. La joven lanzó un grito, pero él ya estaba tras ella, retorciéndole la otra muñeca para quitarle el otro láser. Se metió las dos armas en el cinturón.

—¡Me has hecho daño! —gritó ella, frotándose la mueca.

—Deprisa, Qui-Gon —exclamó Obi-Wan. Su Maestro no se había movido, pero sus palabras lo empujaron hacia la entrada del túnel.

—¡Tú la mataste, Qui-Gon! —gritaba Eritha mien-tras cruzaban la puerta del túnel—. ¡Vive con eso, si es que vives!

Capítulo 17

Qui-Gon no tenía ninguna duda de que Eritha enviaría tras ellos a los androides de seguridad. Sabía que los Absolutos que esperaban delante estarían bien armados. Dedicó a los obstáculos el mismo tiempo que dedicaría a un insecto molesto. No trazó nin-gún plan. Se limitaría a cargar hacia delante, y ganaría. Era todo lo que sabía.

Qui-Gon notó que Obi-Wan le miraba de reojo. Se dijo que no debía desplegar el genio que había mostrado en casa de Mota. Su padawan estaba preocupado por lo rápidamente que se dejaba llevar por la rabia. Él mismo estaba sorprendido ante la forma en que su ira había ido en aumento. Sabía que estaba alimentándola en vez de deshacerse de ella. Eso le dio velocidad y enfoque.

Sabía que su actitud lo acercaba peligrosamente al Lado Oscuro. Sabía que podría dominarlo de tener una oportunidad de meditar en calma y silencio. Pero no disponía de ese lujo. Cuando llegara el momento, tendría que confiar en su propia habilidad para controlar la ira.

El túnel pasaba bajo la residencia del gobernador. Hacía años que no se usaba y estaba oscuro y nada ventilado. Qui-Gon corría iluminado por su sable. Sabía que Obi-Wan iba detrás de él. Su padawan le proporcionaría apoyo, pero sabía que no lo necesitaba. Esto era entre Balog y él.

Las palabras de Eritha le habían afectado, pero las había archivado para las largas noches en vela que le esperaban. Su objetivo era Balog.

El túnel acababa en una puerta de duracero. Qui-Gon la cortó y la travesó. Estaba en el sótano del mueso.

—Hay androides detrás de nosotros, Qui-Gon —le dijo Obi Wan al oído—. Proceden de la residencia.

Una molestia. Tendrían que acabar con ellos antes de poder continuar.

Qui-Gon se volvió cuando los primeros androides cruzaron la abertura, disparando los láseres. Tuvieron suerte. Estaban programados para avanzar, no para formular estrategias. Se

limitaban a tomar la ruta más direc-ta hacia su presa, y ésa era cruzar la abertura de la puerta, donde les esperaban los dos Jedi. .

Obi-Wan desvió los disparos mientras cortaba a los androides. Qui-Gon empuñaba el sable láser como si fuera un palo. No tenía tiempo para ser elegante. Necesitaba acabar con todos los androides posibles en la menor cantidad de tiempo.

Obi-Wan era un borrón de movimiento a su lado. Qui-Gon estaba agradecido por la velocidad de su padawan. Pronto el suelo estuvo cubierto de androides hu-meantes.

Sólo quedaban dos.

—Acaba con ellos —dijo a Obi-Wan, y se alejó corriendo.

Fue una suerte que hubiera hecho la visita turística del museo a su llegada a Nuevo Ápsolon. Podía recordar cada piso y cada cuarto del lugar. Este piso se usaba para almacenaje, así que no lo habían recorrido. Las paredes y el suelo estaban desnudos y húmedos. En el piso superior se hallaban las celdas y salas de tortura, además de las oficinas. No había ninguna duda de que los Absolutos esta-ban allí. Incluido Balog.

Qui-Gon tomó el turboascensor hasta el siguiente piso. Salió al pasillo para ver una figura ante él. Era un hombre vestido con una túnica azul. Un Absoluto. Se quedó congelado al ver a Qui-Gon. Entonces dio media vuelta y corrió por donde había llegado.

Qui-Gon fue tras él. Sin duda había ido a dar la alar-ma. Los Absolutos no se esperarían visitas, pero ofrece-rían resistencia.

Entró en la sala justo cuando el Absoluto activaba una hilera de androides de combate expuestos. Para sorpresa de Qui-Gon, los androides se alinearon de inmediato. Estaban operativos. Los Absolutos habían armado a los que se exhibían en el museo.

Tenían un armamento más sofisticado que los androi-des de Eritha. Los disparos láser eran erráticos y procedían del pecho, la frente y las manos de los androides. Podían rodar, maniobrar y doblarse para asumir posicio-nes flexibles.

Qui-Gon se veía superado por el número, pero se negaba a considerarse vencido. Los disparos láser volaron hacia él en feroz andanada. Todas las partes de su cuerpo eran vulnerables. Su sable láser debía adecuarse al ritmo del fuego a discreción mientras iniciaba acciones evasivas. Se sintió aturdido al darse cuenta de que igual tendría que retirarse.

Derribó a dos androides, pero los otros siguieron ata-cando. Algunos se precipitaron contra él, disparando sin cesar. Otros le flanquearon, disparándole mientras intentaban situarse tras él. Sintió que el sudor corría por su frente, escociéndole en los ojos. Empleó la Fuerza para aplastar a uno contra la pared. Pero el androide se reconformó y volvió a atacarlo. Lo cortó en dos con el sable láser.

En la vida se había sentido más feliz de ver a Obi-Wan. Su padawan entró de un salto en la refriega, agitando el sable láser. Con su ayuda, Qui-Gon consiguió reha-cerse y acabar con los dos androides de su izquierda. Los dos Jedi se separaron y atacaron la línea de androides por sus extremos. Derribaron dos cada uno, saltando luego al centro de la línea para destruir dos más en el momento en que cambiaban de posición.

El humo brotó de ellos, ahogándolos. Obi-Wan acabó con el último androide, y ambos salieron de la sala tam-baleándose.

Obi-Wan se apoyó y tomó una bocanada de aire puro.

—¿Dónde crees que está Balog?

La pregunta tuvo eco en el cerebro de Qui-Gon. Éste se dio cuenta de que no había pensado mucho en el para-dero de Balog. Se había limitado a cargar hacia delante. Eso no era propio de él.

No pienso con claridad, se dijo. Estoy reaccionando, no actuando.

Se dio cuenta de que eso significaba que estaba al borde de perder el control. Pero al darse cuenta de esto, también se dio cuenta de algo igual de escalofriante: No le importaba.

Y de pronto supo dónde podía estar Balog. Rememo-rando el recorrido turístico, recordó que en esa planta había un centro de control. Dado que muy poco tiempo antes Balog le había robado la lista a Irini, seguramente estaría ante una pantalla, estudiándola. Con toda seguri-dad no querría perder tiempo en borrar su nombre y bus-car a quién denunciar primero.

Antes de que pudiera responder a Obi-Wan, más androides aparecieron tras ellos. Sintieron un aviso de la

Fuerza antes de que empezaran los disparos. Una vez más, tuvieron que emplear toda su concentración para derrotar a los ágiles androides. Los disparos parecían llegar de todas partes.

Los androides se interponían entre ellos y el centro de datos. El retraso acrecentó la ira de Qui-Gon. Cada segundo que pasaba era una oportunidad más para que Balog escapara.

Cargó contra los androides, agitando el sable láser en un arco constante, notando apenas el zumbido de los dis-paros al pasar junto a sus oídos, o cuando estaban a punto de acertarle en un brazo o una mano. Atacó salvajemente a los androides, destruyendo uno tras otro. Obi-Wan intentó protegerlo lo mejor que supo, pero ni siquiera él pudo igualar la ferocidad del ataque de Qui-Gon.

El Maestro Jedi atravesó la línea de androides, apartando a uno de una patada y partiéndolo en dos. Siempre había creído que ceder ante la ira lo volvería torpe. En vez de eso, se sentía preciso. Poderoso. La ira lo llenaba de finalidad.

Los androides estaban derrotados, en pedazos, hu-meando a su alrededor. Siguió corriendo.

—¡Qui-Gon, espera!

Pero ignoró a su padawan. No podía esperar.

Con su nueva agudeza mental, recordó la localización exacta de la sala de datos. No dudó al abrir de golpe la puerta. Podía oír a Obi-Wan a apenas unos pasos detrás de él, y sintió una punzada de decepción. Deseaba que Obi-Wan se hubiera quedado atrás.

Quería enfrentarse solo a Balog.

El hombre robusto y fuerte se sentaba ante la conso-la de un técnico. Giró en su silla, con una mirada de sorpresa pintada en el rostro. Así que Eritha no había podido contactar con él.

Qui-Gon miró con fijeza los ojillos negros, la pequeña boca, la cabeza redonda. Concentró su odio en ese hombre. Ahí estaba el hombre que había visto cómo la salud de Tahl se deterioraba lentamente, en una lenta ago-nía día tras día, sin sentir nada. Ahí estaba el hombre que no se había dado cuenta de que aplastaba lentamente un espíritu extraordinario.

Ese pequeño y malvado hombrecito.

Semejante injusticia hizo que Qui-Gon se tambaleara. Ese hombre estaba vivo. Tahl estaba muerta. Su visión era borrosa ante la emoción que rugía en su interior.

Balog se levantó, apartando su silla de una patada. Buscó el láser de su cinto.

Qui-Gon sonrió.

Obi-Wan estaba a su lado, con el sable láser en posi-ción defensiva, esperando a que Balog hiciera el primer movimiento.

Balog alargó una mano para activar el comunicador de la consola del técnico.

—Necesito ayuda en el centro de datos. Enviad androides de ataque...

Qui-Gon enterró el sable láser en la consola con un gesto casual. Las chispas volaron y el humo se enroscó al elevarse de los circuitos.

Balog disparó. Obi-Wan saltó para desviarlo.

Los disparos láser no eran nada para Qui-Gon. Sólo una barrera momentánea entre Balog y él. Balog era su presa. Un montón de piel, músculos y huesos con el que debía acabar.

El sable láser se movió como si fuera una ilusión óptica, tan rápido que cada golpe era un recuerdo. Era tan fácil desviar los patéticos disparos de Balog. El pánico asomó a los ojos de Balog y le volvió torpe. Soltó la pistola. Intentó correr, pero sus piernas tropezaron con la silla que había apartado antes. Cayó al suelo con gran estrépito.

Por fin tenía a su enemigo a sus pies, tal y como había imaginado. Se paró sobre Balog, alzando el sable láser, dispuesto a dar el golpe que le produciría tanta satisfacción.

—No, Qui-Gon.

La voz parecía provenir de muy muy lejos, pero al mismo tiempo estaba muy cerca de su oído. Eso le con-fundió.

Se volvió para encontrarse con la mirada de Obi-Wan. Sintió que le miraba desde una gran distancia. La confusión se apoderó de él.

Entonces fue como si se despejaran las nubes, dando paso a la claridad. Vio mucho en un momento. En la mirada firme de su padawan vio tanto miedo como com-pasión.

Ya no estaba tan lejos. La distancia se comprimió y se vio en la misma sala que él. Volvió a su ser y vio hasta dónde había llegado. El Lado Oscuro se había asomado a su sangre. Lo había sabido y le había alenta-do. Temblando, desactivó su sable láser y lo devolvió al cinturón.

Había estado muy cerca de tomar una vida por ven-ganza. Sólo él sabía cuan cerca. No lo olvidaría nunca. Nunca se permitiría olvidarlo.

Balog cerró los ojos, aliviado. Obi-Wan se paró sobre él y buscó su comunicador en el momento en que Mace y Bant entraban en la sala.

Capítulo 18

Los cuatro Jedi estaban en la plataforma de aterrizaje sobre la ciudad de Nuevo Ápsolon. Qui-Gon miró los esculturales edificios grises de abajo, las calles curvadas y los anchos bulevares. Desde allí arriba era fácil ver dónde empezaba el gran sector Civilizado y dónde acababan los pequeños y apelotonados barrios de los Obreros.

Manex les había prestado la mejor nave consular de Nuevo Ápsolon, además de su propio piloto personal. El cuerpo de Tahl estaba a bordo, en un pequeño camarote perfumado con flores nativas. Los Jedi la acompañarían en su último viaje de vuelta al Templo.

Dejaban atrás un Gobierno aún roto por la división. Alani, Eritha y Balog habían sido arrestados. Se había levantado un gran clamor popular ante el arresto de las gemelas. Había muchos Obreros y Civilizados que no podían creer su traición. No las hijas de Ewane.

Irini se recuperaba en un centro médico, pero se ha-bían presentado cargos contra ella. El movimiento Obrero había perdido a Irini y a Lenz de un solo golpe. Estaban luchando por encontrar nuevos líderes.

Las puertas del turboascensor se abrieron y Manex salió de él. Vestía una lujosa túnica de su tono verde favo-rito. Dio unos pasos y se inclinó ante los Jedi.

—El pueblo de Nuevo Ápsolon tiene una gran deuda con vosotros —dijo.

—Aún hay disturbios en Nuevo Ápsolon —dijo Mace—. Pero el Gobierno actuará con honestidad.

Manex asintió.

—Las elecciones se han aplazado a la semana que viene. Se han presentado otros legisladores. El movi-miento Absoluto ha quedado muy dañado, pero no ha desaparecido por completo. Aún tenemos enemigos que combatir. Seguramente tendremos problemas cuando el Comité para la Reinstauración de la Justicia se ocupe de la lista de informadores Absolutos. Pero me he

compro-metido con mi mundo. Si soy elegido, continuaré la obra de Roan.

—Si vuelves a necesitarnos, volveremos —dijo Mace.

Qui-Gon apartó la mirada. No seré yo quien venga, pensó. Nunca volvería a Nuevo Ápsolon.

—Te damos las gracias por el transporte —dijo Mace a Manex—. Y por todo lo que has hecho.

Los ojos castaños de Manex reflejaban su pena.

—No puedo ni empezar a reemplazar lo que habéis perdido aquí. Sólo puedo prometeros mi servicio por el resto de mi vida, en caso de que los necesitéis.

Manex hizo una seña al piloto para que bajara la rampa de la nave. Entonces, se alejó tras efectuar una últi-ma reverencia.

Qui-Gon se mantenía a cierta distancia de los demás. Vio que Bant se acercaba a Obi-Wan.

—¿Está bien Qui-Gon? —preguntó en voz baja y preocupada.

—No lo sé —dijo su padawan—, pero lo estará.

¿Lo estaré?, se preguntó Qui-Gon con un extraño distanciamiento.

Obi-Wan miró a Bant.

—¿Y nosotros estamos bien?

Qui-Gon sintió que si era posible que su corazón vol-viera a conmoverse, se conmovería ante la calidez que vio en los ojos de Bant. Recordaba cuando Tahl y él eran así de íntimos.

—Por supuesto —respondió ella.

Él también le debía algo a Obi-Wan. Lo llamó a su lado.

—Necesito darte las gracias —le dijo—. Me salvas-te cuando estaba sobre Balog, con odio en mi corazón. Fue el sonido de mi nombre lo que me devolvió a mí ser.

Obi-Wan le miró desconcertado.

—Pero si yo no hablé.

El corazón de Qui-Gon se hinchó. Había sido Tahl. Claro que había sido Tahl. La voz había sonado tan cer-cana y al mismo tiempo tan lejana. Era su voz, suave y cálida, una voz que oía raras veces, y un tono que, ahora se daba cuenta, ella reservaba sólo para él.

Ella seguía estando con él. Saberlo debería ayudarle. Pero en vez de eso, una nueva agonía recorría su ser. No le bastaba con oír

su voz en un momento de necesidad. Necesitaba su presencia física. Necesitaba su calor y su respiración, lo bastante cerca como para tocarla, lo bas-tante cerca como para intercambiar una sonrisa de com-plicidad.

Obi-Wan debió de notar algo en su cara. Posó una mano en el hombro de su Maestro. Qui-Gon no sintió la presión. No quería sentir el tacto de su padawan. Estaba agradecido a Obi-Wan por su compasión. Tenía una deuda con Mace y con Bant por su silenciosa comprensión.

Pero no soportaba estar con ellos.

Qui-Gon se alejó de su lado y subió la rampa. Pasaría el viaje de regreso a Coruscant velando a Tahl solo.

Sabía una cosa: tendría que cargar con esa pena y no sería una carga que se aligeraría con el tiempo. Aparecería y reaparecería en ocasiones, cobraría fuerza y la perdería, y volvería a asomarse en él cuando la creyera disminuida. Era demasiado grande para que la aceptación Jedi pudiera contenerla.

¿Y qué implica ser un Jedi y ser incapaz de aceptar-la?, se preguntó Qui-Gon. Era una pregunta para otro momento.

Entró en la nave sin mirar atrás. Dejaba en Nuevo Ápsolon la posibilidad de una vida diferente, una vida a la que había aspirado con una alegría que no había sabido que pudiera existir. Volvería a su vida anterior, a una vida de servicio solitario. No sabía adonde más podría ir.

Esperaba volver a encontrar algún día satisfacción en el servicio. Ese día le parecía muy lejano. Pero, de momento, se dirigía al pequeño camarote donde le esperaba Tahl para un último y largo adiós.